

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 28. — Agosto 16 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la  
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,  
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de  
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de  
 St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).  
**PACIFICO.** ... 55 » (11 ps.). — 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

## SUMARIO.

**TEXTO.** — Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Un nido de  
 golondrinas en el puente de Arcole, por A. ARNAUD. — Beatifica-  
 cion de Benito José Labre, por LEONCIO ANNIBALDI. — Crónica de  
 Madrid, por MUÑOZ Y GAVIRIA. — Sucesos de Italia, por B. —  
 Incendio de Bercy, por MAC VERNOLL. — Visita del emperador á  
 la escuela de Saint-Cyr, por M. V. — Una Aventura de Carnaval,

por FEDERICO DE LA VEGA. — Pueblos pastorales de Austria: pas-  
 tor eslavo de Appony, por L. DE B. — Crónica de Tribunales,  
 por PETIT-JEAN. — Modestia y Virtud, por FRANCISCO H. DE ACHA.  
 — Ferro-carril de Lyon á la Croix-Rousse, por L. HAUSSEOT.  
**GRABADOS.** — Tipos Drusos, diseño de M. Couverchel. — Vista  
 general de Deir-el-Kamar, centro del movimiento de los Drusos.  
 — Un nido de golondrinas en el puente de Arcole. — Beatifica-

cion del bienaventurado Benito José Labre, en San Pedro de Roma.  
 — Incendio de Bercy, el día 5 de agosto. — Visita del emperador  
 á la escuela de Saint-Cyr. — El general Bosco y las tropas napoli-  
 tanas evacuando á Milazzo. — Vista general de Milazzo. — En-  
 trada del general Medici y de las tropas sicilianas en Mesina. —  
 Pastor eslavo de Appony. — Camino de hierro de Lyon á la Croix-  
 Rousse. — Aspecto de los trabajos en la travesía del Jardin Botánico.



Tipos Drusos, de un diseño remitido por M. Couverchel.

Ayuntamiento de Madrid



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ La noche de la brillante repetición de la *Semiramis* en el teatro de la Grande Opera escitaban la curiosidad de cierta parte del público un caballero y una dama arrellanados en un palco principal. El abonado propietario de este palco es un rico banquero cuya familia salió hace quince días para Hombourg con motivo de las fiestas inaugurales del ferrocarril de Francfort.

El citado caballero tenía un cutis atezado como un *piferaro* calabrés: la dama era amarillenta como la boquilla de ámbar de una pipa turca: su traje fijaba la atención escitada por su semblante. Él tenía una corbata de seda color de rosa y una desmesurada chorrera de riquísimo encaje: ella, con un escote mas que regular, ostentaba en sus cabellos negros y tupidos como las melenas de un godo, una deslumbradora red de brillantes. Súpose durante el transcurso de la noche que el sastre Dusautoy se había resistido á vestir á aquel macaco y que la modista Mma. Hardy hizo lo mismo con aquella mona, teniendo que acudir á otros artistas de menos gusto quienes les endosaron los ridículos trajes que harían morir de celos á un loro y á un guacamayo.

Sus ademanes y su compostura no eran menos extraños que sus rabiosos engalanamientos. Un lacayo, blanco si los hay, en rigurosa librea de oro y escarlata, estaba de pie á la puerta del palco custodiando todos los accesorios de sus dueños y señores: abrigos, pañuelos, abanicos, anteojos, etc., amen de un frasco y una cajita. El frasco contenía un licor, grato sin duda, que el caballero de la chorrera paladeaba á menudo cojiendo entre sus dientes el cuello del frasquito: la caja ofrecía un surtido completo de confites de todos colores con que la singular pareja se regalaba como un par de niños golosos. Armado de un antejo enorme, especie de telescopio astronómico, dirigía él tenazmente su visual á todas partes, aun á los palcos mas contiguos, comprometiendo y sonrojando á las damas con tan importuna é intuitiva inspección. Ella designaba á derecha é izquierda con su índice los objetos ó personas y sonreía á los que, sorprendidos con estas libertades, la devolvían sus miradas, extrañando tanta confianza, tan exótica originalidad. En fin, uno y otro reían á carcajadas, gritaban á voz en cuello, ronjaban de pie, sentábanse, y cambiaban de sitio, aquel con sus anteojos, ésta con sus confites, tan raros, tan escéntricos, tan chocantes, que eran capaces de dar al traste con el indiferentismo mas refinado del mas flemático inglés. De qué periódico burlesco antiguo se habían destacado aquellas caricaturas?

No ocultaremos á nuestros lectores, á fuer de fieles cronistas, que habiendo aparecido en la sala de descanso durante el primer entreacto, nos asaltó un tropel de curiosos abrumándonos á preguntas sobre la singular pareja, porque un cronista tiene obligación de saberlo todo. No teniendo la menor noticia, salimos del paso respondiendo á unos que eran el rey y la sota de bastos, y á otros que eran el nieto y la nieta, su legítima esposa, del rey negro Baltasar.

Durante el segundo entreacto, un médico amigo mio se acerca á mí diciendo:

« — Apuesto á que te sientes humillado por no saber quiénes son esos extranjeros?

« — Humillado no; sino sorprendido...

« — Pues bien, yo te sacaré del atolladero, y bien puedes darme las gracias, porque soy el único que tengo datos positivos sobre tan extraños entes.

« — Veamos.

« — Los conozco desde que llegaron á París, y si su manera de presentarse en el teatro no fuese tan ridícula, iría, como se lo prometí

esta mañana, á visitarlos al palco... Pero no me atrevo... á menos que desees verlos de mas cerca y quieras tú...

« — Yo? no por cierto.

« — He aquí pues su historia: Hace un mes vinieron á llamarme para una casa del *faubourg Saint-Honoré*, á eso de las tres de la mañana. Como era tan á deshora, creí que se trataba de algun caso grave... de algun ataque de apoplejía, de cólera, etc., etc. Corro á la habitación indicada y el conserje me entrega en manos de un negro y el negro me introduce en unas espaciosas estancias de un piso principal. Atravieso siguiendo los pasos del morito uno y otro cuarto, gabinetes y salones, todo sin el mas sencillo mueble, hasta llegar á una pieza en donde se oían las mas acerbadas lamentaciones. Entonces dí por cierto que me llamaban á prestar mis auxilios á algun colérico, porque este mal terrible se ha aclimatado en toda Europa y se recrudece aisladamente como las demás plagas de la humanidad. No fué pequeño mi asombro al ver á estos dos seres tendidos en el suelo sobre un colchon, en medio de un monton de cofres, sacos, maletas y paquetes en el mayor desorden. La llama de una vela solamente derramaba alguna luz escasa sobre tan extraña escena. El negro me indicó el caballero y la dama que están en ese palco, hechos unos adefesios, y sin decir palabra salió.

« En cuanto nos encontramos solos, cesaron los gritos y los lamentos: el hombre se incorporó en su colchon y se puso á mirarme, en tanto que la mujer, sin alterar su postura horizontal, fijaba tambien en mí sus ojos con aire singular de asombro. Preguntéles porqué gritaban tanto, y el marido me respondió en un lenguaje poco inteligible que ni él, ni su costilla podían conciliar el sueño desde media noche, hora en que se habían acostado, en vista de lo cual, se habían resuelto á llamar al facultativo para que pusiese término á martirio tan cruel!

« Al principio creí que estaba delante de unos locos, porque cuanto les rodeaba lo hacia suponer; pero en vez de reirme ó de enfadarme, tuve la curiosidad de saber con qué especie de jentes me había puesto en contacto la casualidad á aquellas horas. Despues de prometerles que les daría el sueño que tanto ansiaban, empecé un corto interrogatorio y acabé de satisfacer mi curiosidad al dia siguiente en una visita que les hice só pretexto de informarme si el láudano que les propinara había producido su inevitable efecto. Hé aquí las noticias que puede adquirir:

« El marido se esplicó sin dificultad. Los dos entes llegaban de la Nueva-Holanda, provincia de Van-Diemen. Apellídase Angologo. El marido es un mulato de la raza papáua: la mujer es mestiza de Norfolk, es decir, que el uno pertenece á los establecimientos holandeses y el otro á los británicos. Hace cinco años se descubrió por primera vez oro en una profunda quiebra de la costa oeste de la Nueva-Guinea, quiebra que es hoy propiedad del susodicho mulato. Desde el dia de su descubrimiento, ha seguido estrayendo en grande escala el precioso metal, y despues de haber reunido una cantidad suficiente en su concepto, aconsejado por su cónsul holandés, se hizo á la vela para la Gran-Bretaña. Convirtió allí en billetes de banco sus pepitas, una de las cuales me aseguró que pesaba cerca de setecientos mil francos, y viene á fijarse en París para disfrutar una vida regalada; pero á la vez que el cónsul, su consejero, le hizo la apología de la vida parisiense, le indicó tambien sus escollos, y principalmente los riesgos de ser petardeado. Este temor es el pensamiento dominante del buen Angologo y de su guachinanga desde su instalacion en París con su par de colchones tendidos sobre el suelo de un piso principal. éste sin embargo, les cuesta diez mil

francos anuales en el *faubourg Saint-Honoré*. Tienen miedo de que los roben los tapiceros, los mercaderes, los criados, todos... y se concretan á ser servidos por su antiguo negro que va á las tiendas á comprarles carne y pan. De este modo los he vuelto á ver varias veces y me aseguran que no comprenden esas decantadas delicias de París con que el holandés los levantó de cascós.

« Aunque sea lisonja propia, debo añadir que he logrado inspirarles alguna confianza, y que, por mis consejos, se han decidido á dar á su existencia una direccion mas razonable: tambien observo que de quince dias á esta parte se van emancipando un poquito, y quasi continúan del mismo modo, van á ser objeto de irrisión en todo París. Hoy tienen ya sus ricos muebles y empiezan á saber lo que es la vida opulenta de la capital de Francia. Sin embargo, por un resto de desconfianza, se obstinan en no recibir á nadie mas que á mí. Compran acá y acullá lo que les gusta, sin indagar el uso y empleo de las cosas, y en cuanto á su manera de vestir ahí ves la muestra! La señora Angologo lleva en su cabeza por valor de mas de medio millon de diamantes. Creo á los guachinangos poseedores de una fortuna fabulosa y en la práctica no saben avalorar su riqueza. Ajenos á nuestros hábitos, apetecen todo lo que ven, desde que desterraron su cervical desconfianza. La otra noche, al ver pasar por el *boulevard* á lord Pembroke en un hermoso carruaje, el marido hizo parar los caballos esgrimiendo su baston y quiso comprarlo todo para estrenarlo en aquel mismo instante: extrañó muchísimo el recibir una respuesta negativa, y sobre todo, algunas caricias de fusta con que el cochero pagó su impertinencia.

« Claro es, — continuó el médico de estos entes singulares, — que tales jentes son el blanco de cierta plaga de intrigantes que pretenden encontrar en ellas una presa poco común. Cítase cierta niña, célebre en el país de Markowski, la cual se ha ido á vivir frente por frente del caballero chocolate, con la esperanza de llamar su atención á hurtadillas de la dama aceituna. No han de faltarnos curiosas aventuras! Ya te iré contando las que lleguen á mi noticia, y no es poca cucaña para un cronista, porque yo sólo poseo la llave de este misterio, y soy el único que tengo entrada en la casa fuera de los mercaderes; doy direccion á sus horas de recreo, les indico las diversiones que pueden ofrecerles algun interés y por insinuación mia están hoy en el teatro...

« — Supngo, amigo Avicena, que no eres su maestro de... ceremonias, ni de vestir...

« — Ciertamente que no y bien ves que, abandonando mi papel de mentor, no me atrevo á arrostrar el qué dirán para presentarme en su palco. El señor de Angologo me preguntó ayer si, caso que se decidiese á dar una vuelta por Europa, tendría inconveniente en acompañarle. Le respondí que me sería muy difícil dejar abandonada mi clientela. Ese hombre tiene poquísima experiencia de nuestra civilización, pero no es nada lerdo: así es que al punto me volvió á preguntar cuánto ganaba anualmente por adormecer á los insomnes... le indiqué una cifra de 25,000 francos: entonces me ofreció esa cantidad por espacio de cuatro años, yendo en su compañía á visitar todas las capitales de Europa. Repliquéle que me sería imposible, porque á vuelta de ese tiempo toda mi parroquia habría desaparecido: no seguimos adelante... pero si continuó grangeándome su confianza, no extrañaré que doble ó triplique su oferta para llevarme á su lado á recorrer el mundo entero.

« — Hombre! eres célibe y tal vez no te den los enfermos los 25,000 francos anuales... por consiguiente tendrías una magnífica ocasión de estudiar el cólera-morbo en sus dife-



rentes patrias! pero tus nuevos clientes, esos...

» — Angologo...

» — Vaya un nombre de *papáua*! ¡Esos Ango... lo... go, piensan marchar pronto de París?

» — Lo que es el oficio de cronista! ya temes perder tus originales?

» Yo lo creo! es la tinta color de rosa de mi pluma.

» — Pues, tranquilízate: no los enviaré al Rhin hasta el mes de setiembre, y á su vuelta sentarán sus cuarteles de invierno en una casa-palacio que he recibido orden de buscarles en los Campos Elíseos. Me han asegurado que sin inconveniente pueden gastar sus 50,000 francos mensuales mientras se instalan por completo. Te doy palabra de enterarte de su vida y milagros, con lo cual tendrás ancho campo para tus crónicas. Pero, mira... mira...

Acababan de cantar los dos Marchesios su admirable duo y los espectadores hundían el teatro á palmadas: el señor Angologo quería arrojar á las tablas su bolsa de amaranto larga y grande como una media; mas impedíasele su mujer. Era por avaricia ó por un instinto de decoro? Tenían un coloquio en estrecho animado: veíaseles que consultaban al lacayo de la librea escarlata y mi amigo, aun á riesgo de esponerse á la pública espectación, se lanzó al corredor con ánimo de apaciguar el acaloramiento del caballero achocolatado. Dirijianse ya hácia aquel palco todas las miradas, los anteojos todos, mis vecinos se gozaban á la vista de tan grotesco incidente, cuando volvió á levantarse el telón y Rosini volvió también á tender su magnético cetro sobre la masa unánime de los espectadores. Si mi Hipócrates no es un Harpócrates, prometo á mis lectores regalar sus oídos con las nuevas escenticidades de estos Cresos guachinangos.

~~~~~ Quéjanse los maridos, y no sin razón fundada, de los excesivos gastos que en su *toilette* invierten sus lindísimas mitades y el *Diablo cojuelo* que levanta las techumbres de los edificios — como si fuesen tapaderas de pucheros — fisgando lo que dentro se encierra, el *cojuelo*, repetimos, sabe solo y á punto fijo cuantos altercados, cuantas lamentaciones, cuantos disgustos, cuantas crisis conjugales nacen del pago de ciertas cuentecitas en ese gran mercado social que llaman París... sin contar con que lo mismo acontece en provincia que tan bien parodia á la imperial ciudad; porque la vanagloria, la ostentación, el lujo, el deseo de brillar, verdadera manía, inevitable locura de nuestra generación, constituyen una gran epidemia que, partiendo del centro parisiense, se ensancha y se extiende poco á poco, como una gota de aceite, hasta los últimos límites de la circunferencia.

« — Severo Zoilo, — exclamará el lector benévolo, — se está usted esponiendo á perder las simpatías de sus abonados, si continúa siempre con el mismo tema! No han tratado y zaherido este abuso mil doctas péñolas, ya en el teatro, ya en las columnas del folletín? Olvida su merced que la mujer...

» — Alto ahí, amigo: permítame usted que por sabida corte su elocuente y razonada filípica en las primeras frases del exordio! Usted olvida acaso que cuando se moteja, cuando se censura y vitupera en general, nadie se cree comprendido en la regla, ó si lo cree, lo disimula, y supone que se trata de su vecino... Esa es la razón porque en un teatro, por ejemplo, todos los espectadores son en conjunto y cada uno de por sí, un acabado modelo de virtud. El autor da una lección severa á los petardistas, á las coquetas, á los desalmados, y todos aplauden y todos predicán la moralidad: nadie protesta contra el vigor del cua-

dro, contra la severidad del ejemplo, porque no se diga que la catilinaria hiere ó roza á su individuo; y encómiense y pónense en las nubes el talento del escritor, la justicia de su censura y la verdad de su sátira, porque todos somos unos inocentes corderillos, honrados á carta cabal y nos ponemos de parte de la mano que asesta el látigo y no de parte del objeto que recibe el castigo! De este modo se esplican los aplausos de los pícaros á los escritos mas virulentos: recuérdese si no la época en que dominó el prurito de escribir contra la Bolsa: los teatros se hundían con frenéticas palmadas y los admiradores mas entusiastas eran precisamente los agiotistas sin conciencia cuya divisa es « á río revuelto ganancia de pescadores. » Dígase despues que una sala escénica no presenta siempre el magnífico cuadro de la virtud, cualquiera que sea el número ú la casta de pájaros que se encuentre en la concurrencia!

Generalizando esta proposición, puede sentarse que lo mismo acontece donde quiera que haya hombres reunidos: esto es, que por despreciables que sean las escepciones, la masa general será siempre buena y noble. Trátese, por ejemplo, del valor: el número evidente de cobardes confundido en las filas de un ejército saca fuerzas de flaqueza, cede al contagio del amor propio, se siente poseído de la fiebre general y el día de la batalla, todos son valientes. Trátese de hacer alarde de sentimientos generosos en una crisis política, en un conflicto internacional, y los indiferentes, los apocados, los egoístas, semilla abundante en la raza humana, serán arrastrados en la impetuosa corriente, superior á todos, que determina esos actos solemnes con que se enaltecen las naciones.

» — Diantre, señor cronista, se está usted remontando hasta el lirismo!

» Seria un error por mi parte, porque el asunto de que voy á tratar tiene por base las pequeñeces mas vulgares... los extremos mas pueriles... y por decirlo de una vez... las muñecas.

» — Las mujeres, querrá usted decir.

» — De ningún modo: hablo de las muñecas... en la acepción mas literal y genuina de la palabra...

» — Pase por las muñecas! y que se le antoja al ceñudo Aristarco?

» — Nada. No ha mucho censuré en estas mismas columnas cierta industria nueva: la de las *costureras de muñecas*...

» — Cómo, cómo?

» — Que en algunos barrios elegantes de París existen cinco ó seis tiendas en donde se vende cuanto constituye el canastillo de muñecas, las cuales, — merced al modelo debido á un artífice del *boulevard*, — están acotadas con números y tienen sus proporciones para poder endosarlas sus trajes de *confección* sin necesidad de molestar sus acartonados y lozanos miembros. Estos establecimientos esponeñ á los ojos de las niñas estas muñecas en medio de su asombroso y magnífico ajuar, y como la infancia es amante y solícita de sus juguetes, las pobres niñas importunan á sus mamás y no cesan hasta que consiguen para su muñeca cuanto gasta y gusta una mujer en cuerpo y alma como nosotros. Sayas, vestidos, lencería, encajes, crinolina, todo lo ha de tener el ídolo de sus infantiles años: esto es singular, aunque se comprende. Pero hay mas: necesitan objetos de uso, alhajas, muebles y cien y cien accesorios, como he visto á una niña quien, antojadiza y mimada hasta el extremo por su imprudente madre, soñando un día y otro mil locos caprichos, me ha sugerido estas ligeras reflexiones sobre los peligros graves que nacen de tan fútiles antojos...

» — A la cuestión, señor cronista.

» — Pues bien, figúrese el impacientísimo

lector, que estos mercaderes, que no saben qué inventar, para arruinar á las pobres niñas, declaran que el canastillo de una muñeca no está completo sin su correspondiente polvillo de arroz... con su cajita de metal y su esponjada brocha de pelusa de cisne...

» — Es decir, que esos cándidos marchantes enseñan á las niñas que es preciso embadurnarse el rostro de blanco?

» — Justamente. Y como nada hay mas activo y observador que un cerebro infantil... y como tienen el polvo blanco vendido para su muñeca, como las mamás, las tías, las señoras están tan frescas y *cándidas* de visita, las pobres criaturas, por imitarlas, ensayan en sí mismas el efecto de ese ingrediente, que, con el nombre inocente de polvo de arroz, oculta toda clase de drogas corrosivas penetrantes, y peligrosas á tal punto, que la baronesa... (adivínalo, lector) perdió uno á uno todos los dientes por haber hecho uso del polvo pérfidamente mezclado con *mercurio*, el cual, infiltrándose de los tejidos del cutis á los órganos, produjo en la imprudente y coqueta numerosos estragos... y entre ellos el que acabamos de indicar...

» — Cáspita!

» — No conviene conmigo el lector, en que se inculcan excelentes ideas en las niñas, só pretexto de muñecas y que insensiblemente y por sí solas harán bastantes progresos en el camino de la coquetería, sin que la especulación mercantil las enseñe los secretos mas ridículos y quizá mas peligrosos del tocador?

» — Francamente, no está de mas la lección, porque, bien mirado, el asunto es mas serio de lo que parece á primera vista. Lo que en un principio no es sino risible...

» — Concluye por ser peligroso. Pero véase hasta qué punto es absurda la especulación de los tenderos! Todo el mundo conoce el capricho que actualmente subyuga á la sociedad francesa con las tarjetas... retratos.

» — Sí, pero fuerza es convenir en que es una linda invención digna de su voga!

» — No lo niego y yo soy su partidario mas fiel, y en prueba de ello mi álbum encerrará muy pronto todas las celebridades europeas...

» — Pero vamos al caso, qué tiene que ver... la invención de Disderi con las decantadas muñecas?

» — Paciencia. Las mamás se hacen fotografiar, muchas veces con sus hijas, cuando estas son niñas... muy niñas, me entiende usted.

» — Sí, sí, adelante.

» — Pues bien, ahora, éstas...

» — Las niñas?

» — Sí: atormentan á sus madres por tener la tarjeta... retrato...

» — De su muñeca?

» — Justamente. Pónense al juguete sus mas vistosos atavíos, llévase al fotógrafo y éste no cree envilecer su objetivo haciéndole reflejar esos rostros de porcelana adornados con un lujo mas que suficiente á cubrir las desnudas carnes de una docena de niñas huérfanas.

Al menos esta vez el peligro no es muy alarmante, — sino chistoso por lo ridículo y pueril. Las muñecas tienen sus muñecas y así sucesivamente.

» — Señor cronista, es usted casado?

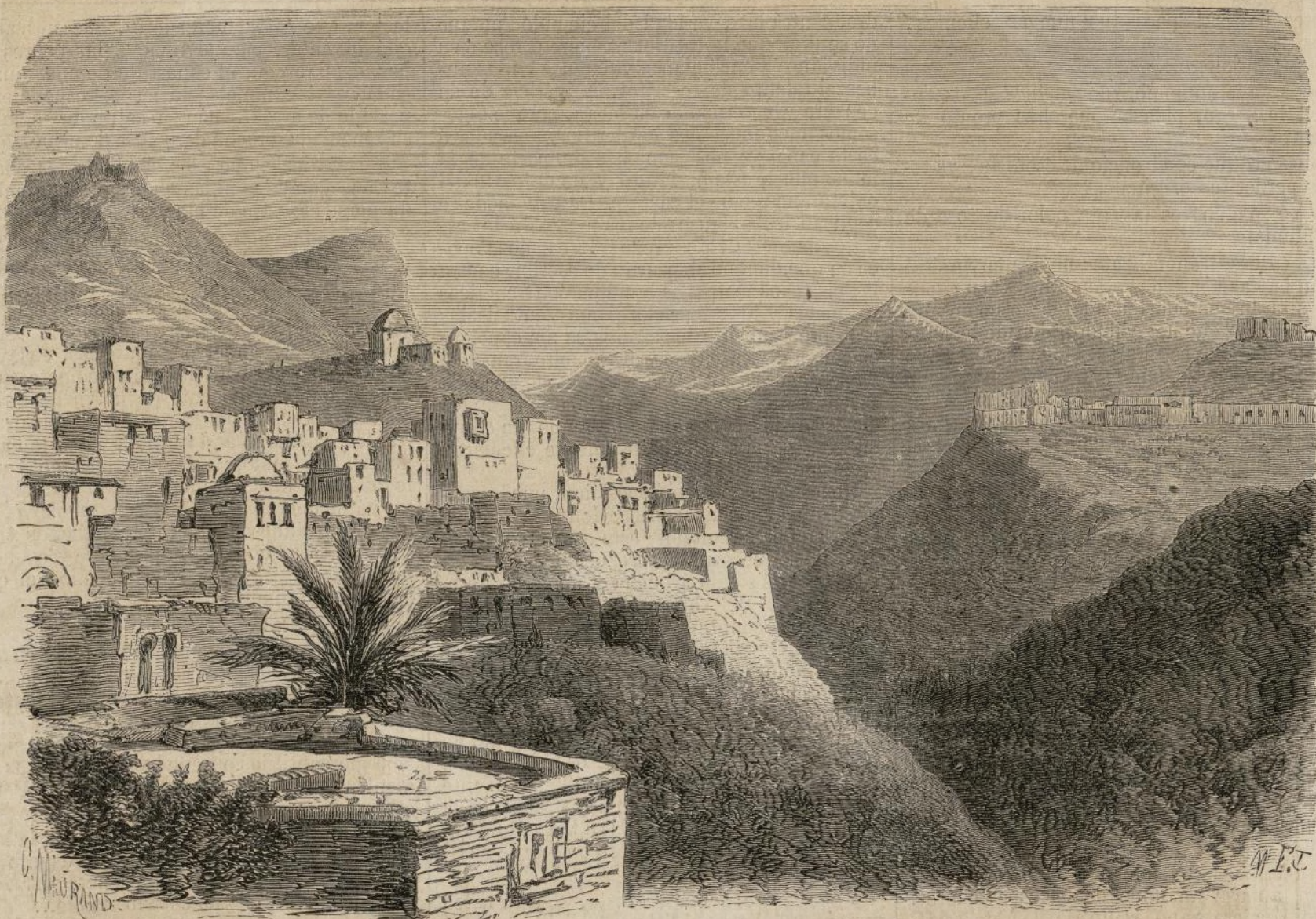
» — No.

» — Pues á otra cosa. »

JULES LECOMTE.

Trad. A. L. de B.





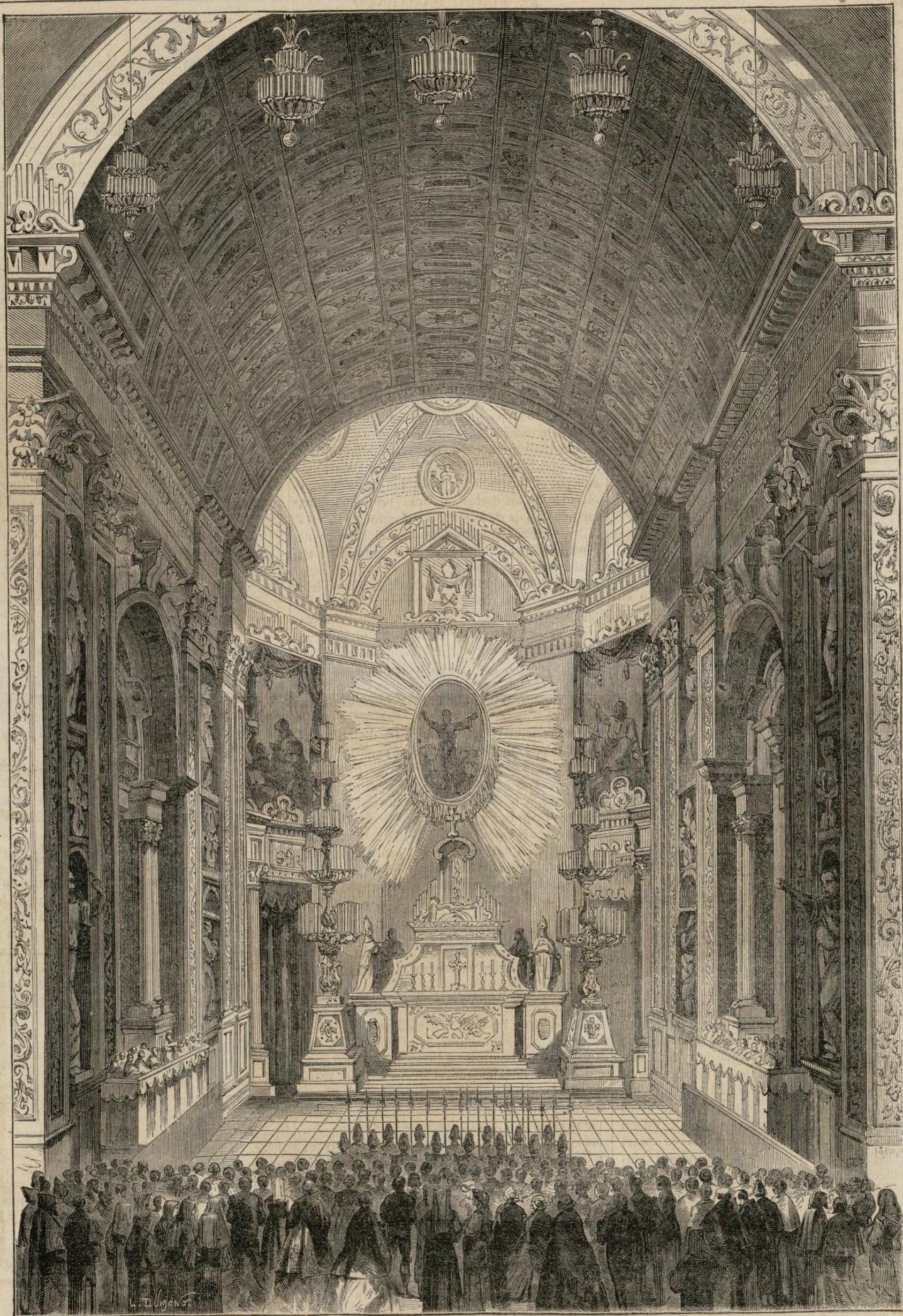
Vista general de Deil-Kamar. — Centro del movimiento de los Drusos.



Un nido de golondrinas en el puente de Arcole.

Ayuntamiento de Madrid





Beatificación del bienaventurado Benito José Labre, en San Pedro de Roma, de un diseño remitido por M. Andrietti de Vilna.



## LOS DRUSOS.

Los Drusos, en número de trescientos mil, forman, con los Maronitas, la principal población del Líbano y habitan su parte meridional. El pueblo de Deir-el-Kamar (*casa de la Luna*) que se encuentra en las inmediaciones de Beyrouth y cuya vista representa nuestra lámina, es considerado como su capital. Allí es donde residía, antes de 1845, su emir *Hakem*. Desde aquella época, el gobierno de Constantinopla ha puesto en lugar de este gefe un bajá escogido por él.

Los Drusos, según hemos dicho en nuestros últimos números, no son musulmanes. No practican ni la circuncisión, ni el ayuno, ni las oraciones; su ley religiosa no les prescribe, como la de Mahoma, la abstinencia del vino, ni la de la carne de cerdo. El matrimonio entre hermano y hermana es tolerado por los discípulos de Hakem, su gran kalifa. La única analogía que tiene con el mahometismo esta especie de deísmo profesado por los Drusos, es la poligamia. Su culto, salvaje como el pueblo, no se celebra ni en un templo, ni en un edificio religioso de cualquier naturaleza; en un profundo valle, y cada treinta noches, es en donde se verifican sus asambleas religiosas a las cuales no asiste impunemente profano alguno. El mismo misterio rodea su vida doméstica. Las mujeres no pueden salir de su morada sino severamente envueltas en un largo velo de lana.

El nombre de Druso se deriva, según algunos eruditos, del de Dursi, uno de los primeros apóstoles del Kalifa Hakem; según otros etimologistas ingeniosos, este nombre vendría del verbo *durass* (estudiar), y habría sido aplicado en tiempos pasados a la secta que estudiaba sus misterios.

Su religión, cuyo emblema, de un misticismo poco poético, es un simple becerro, no es propia para suavizar las costumbres de este pueblo apasionado por la venganza, pues que aquella los enseña a vengar la sangre con la sangre. Por lo demás, podemos juzgar, según los relatos que nos llegan de la Siria, de dos meses a esta parte, de las máximas religiosas y filosóficas de aquellos pueblos belicosos, cuyo carácter principal son los celos, el orgullo y una crueldad disimulada.

MÁXIMO VAUVERT.

(J. R.)

## UN NIDO DE GOLONDRINAS EN EL PUENTE DE ARCOLE.

La golondrina posee, dice Michelet, un pico muy ancho, siempre abierto, que engulle sin detenerse, al vuelo, se cierra y se vuelve a abrir. Así que, come volando, bebe, se baña volando y volando alimenta a sus polluelos.

Grande apetito, siempre exigente, asombrosa presteza en el vuelo, tales son las aptitudes que los marineros del Sena han reconocido y aplicado, sin haber estudiado las analogías falansterianas de Fourier y Fousseuil, a los individuos que habían establecido su domicilio aéreo en los arcos del puente que une la plaza del Hôtel-de-Ville a la calle de Arcole. Al bautizar la nidada con el nombre de *golondrinas del puente de Arcole*, estos marineros, sin sospecharlo siquiera, se han encontrado en su característica definición con el simpático y sabio autor del libro *del Pájaro*. Solamente que, así como el pájaro que trae la primavera es amigo de la luz, del brillo del sol, del mismo modo son afectos a la noche y a las tinieblas estos exploradores nocturnos que habían establecido su domicilio en la armazón de este puente, cuyo único arco, por efecto de un arrojo

arquitectónico, descansa en un lado sobre la orilla derecha para fijar sus garfios en la orilla izquierda.

Hace un año que estos vagabundos habían compuesto, por medio de algunos restos de barcas, de montones de paja y de pedazos de estera, dos camas, en las cuales descansaban durante el día y se comían los pollos asados que habían robado en la aurora o en el crepúsculo vespertino.

On peut bien manger sans nappes,  
Sur la paille on peut dormir;

habíanse dicho a sí mismos con Beranger. Creían también que no tendrían que mudarse, pues que no pagaban alquiler de casa. *Las aves nocturnas* (otra palabra que habían dado a estos tunos los obreros del puerto) contaban sin la policía, cuyas miradas vigilantes habían sido burladas hasta entonces por la habilidad con que se hallaba disimulado el nido acuático. Por otra parte, era necesario ser muy vivo para suponer que unos bípedos parisienses tuviesen la temeridad de residir en esta extraña mansión, en la cual el menor movimiento al cambiar una tabla habría hecho desplomar el edificio, y a la cual el más ágil y el más diestro no podría llegar, a falta de *escalera de honor*, sino asiéndose, suspendido sobre el abismo, a los bordes inferiores de los arcos de hierro.

La nidada de las golondrinas nocturnas, medida por el murmullo del agua, las oscilaciones y el ruido de los coches, dormía profundamente, cuando uno de estos días, a las cinco de la mañana, el señor Vaudebelle, cabo del servicio de seguridad, le ha echado el guante y puéstola en jaula.

Entre estos volátiles de nuevo cuño, la policía correccional ha reconocido a un reo, un vagabundo y estafador, un individuo condenado ya cinco veces por robos y mendicidad, un antiguo pensionista de Mazas y finalmente a un pobre diablo sin asilo, a quien se lo ha dado naturalmente. Legendre, este es el nombre del último, no había pasado más que una noche en este nido de buhos.

Para concluir y dar una prueba de tanta imparcialidad como la justicia, confesamos con Michelet que la *golondrina, tomada en la mano y vista de cerca, es un pájaro feo y extraño. Esto depende precisamente*, añade el poético naturalista, *de que ella es el pájaro por excelencia, el ser entre todos nacido para el vuelo.*

Admirémos las definiciones ornitológicas de Michelet, pero no desdeñemos las aplicaciones analogistas de los marineros del Sena.

A. ARNAUD.

(J. R.)

## BEATIFICACION DE BENITO-JOSÉ LABRE.

El 20 de mayo último se ha verificado, en la iglesia de San Pedro de Roma, una de las más solemnes y de las más espléndidas ceremonias de que hemos sido testigos, la de la beatificación del venerable Benito José Labre, nacido en Amettes, diócesis de Boulogne, el 26 de marzo de 1748, y muerto en Roma, el 16 de abril de 1783.

El mortal cuyo nombre oscuro acaba de inscribir la iglesia en los fastos de los santos no era más que un pobre y humilde peregrino, quien, a ejemplo de los de la edad media, recorrió a pie y ceñido con una cuerda todos los santuarios de la Francia, de la Alemania, de la Suiza, de la España y de la Italia, pidiendo limosna y distribuyendo las que recibía con otros menesterosos. Sufrió, por espíritu de humildad, todo el maltrato, todas las vejaciones, todos los sufrimientos que la suerte puede acumular sobre la cabeza de un solo hombre, y fué a terminar en la ciudad eterna la penosa carrera que él había abrazado

voluntariamente. Habiendo elegido el Coliseo por lugar de retiro, pasó allí los últimos años de su vida meditando y orando, y algunos ancianos se acuerdan todavía del pálido y apacible peregrino sumergido en silencioso éxtasis bajo las arcadas cubiertas de musgo del anfiteatro de Flavio. Al morir, Roma entera siguió su entierro repitiendo el grito de los habitantes de Pádua a la muerte de San Antonio: *E morto il santo!*... Instruyóse poco después el proceso de su beatificación, cuya celebración, después de cincuenta años de debates, fué decidida y fijada por Pío IX para el 20 de mayo último.

Ese día, el interior de la basílica presentaba un espectáculo mágico. El coro transformado, por medio de decoraciones dibujadas por el conde Vespignani, en un templo diferente de forma y de adornos, ofrecía, en medio de la deslumbrante aureola de siete mil cirios (los había hasta en la cúpula), la imagen del bien aventurado cubierta con un velo. Después de la lectura del breve de beatificación dada en presencia de un numeroso auditorio de cardenales, obispos y prelados, se rompió este velo a los acentos del *Te Deum*, al repique de las campanas que sonaban a todo vuelo y a las salvas cien veces repetidas del cañón de San-Angelo. Otra imagen colosal del santo, que ocupaba una parte de la fachada de San Pedro, se descubría al mismo tiempo al exterior, y dejaba apercibir la apoteosis triunfal del humilde hijo del pueblo francés que se cernía bajo la cúpula de Miguel-Angel, sobre la ciudad de los Césares. Léase en la parte inferior el siguiente epígrafe:

BENEDICTVM IOSEPHVM LABRE  
CÆLITVM BEATORVM HONORE SIGNAT  
PIVS IX PONT. MAX.

Notábanse, entre los asistentes a la ceremonia, su Ilustrísima el obispo de Arras; el abate Decroix, cura de Amettes, anciano octogenario; el conde de Nedonchel, igualmente de Amettes; tres sobrinos del bienaventurado; el abate Flageolet, fray Fortunato, de las Escuelas cristianas y sor Filomena, hermana de la Caridad, así como su pariente, el abate Dumetz.

A las seis de la tarde, la basílica fué iluminada por segunda vez. Su Santidad descendió a adorar al bienaventurado José Labre. Entonces el obispo de Arras arengó al Santo Padre en latín, y Pío IX, que habla la lengua de Cicerón con tanta facilidad como elegancia, respondió a su Ilustrísima con un discurso improvisado. Se notó con emoción a los parientes del bienaventurado al presentar un ramo al Papa, y la respuesta bastante larga con la cual los honró este último. El jentío era inmenso y más de treinta y cinco mil personas asistían a esta verdadera manifestación en honor del nuevo ciudadano del cielo.

El dibujo que ofrecemos a nuestros lectores ha sido ejecutado al natural por Andriolli de Vilna.

LEONCIO ANNIBALDI. — (J. R.)

El domingo, 15 de julio último, la ciudad de Arras ha celebrado con toda la magnificencia que sabe desplegar en sus fiestas el culto católico, la traslación de las reliquias del bienaventurado Labre.

A las ocho y media celebró la misa pontifical S. Em. el cardenal arzobispo de Reims, en presencia de otros veinte arzobispos y obispos.

A las dos se ha verificado la solemne procesión en la cual salieron con toda pompa las urnas de los santos y santas más venerados del país, y las reliquias conservadas en la catedral.

El programa de esta fiesta, admirablemente comprendido y ejecutado, ha escudido en esplendor religioso a todo lo que puede concebir la imaginación.

MAXIME VAUVERT. — (J. R.)



## CRONICA DE MADRID.

El domingo 8 de julio, la Reina Isabel II, rodeada de toda su corte, se presentó en las puertas del antiguo convento de San Francisco el Grande, para volver á abrir al culto aquel suntuoso templo muchos años hace cerrado, y que acababa de restaurarse y embellecerse en su interior y en su fachada, á costa de la Obra pía de Jerusalem. El arzobispo de Toledo, el cardenal Don Fr. Cirilo Alameda y Brea, celebró de Pontifical y entonó el *Te Deum* en accion de gracias por la apertura de la iglesia de aquel convento, donde habia sido antes fraile provincial, y general de toda la orden de San Francisco, y donde volvía despues de tantas vicisitudes en su agitada vida á celebrar el santo sacrificio de la Misa con la Mitra del primado de las Españas en la cabeza, y vestido con la púrpura cardenalicia.

El convento de San Francisco fué fundado en 1215 por el mismo santo, á quien cedieron el terreno los habitantes de Madrid. Filipe III demolió en 1661 el primitivo convento, y colocó la primera piedra del grandioso templo que tardó cerca de un siglo en construirse, no terminándose hasta 1774 en el reinado feliz de Carlos III, el protector de las artes.

En la villa de Puerto-lano, donde hay un prodigioso manantial de aguas ágrias, superiores á las tan celebradas de Vichy, y donde todos los dias se obran verdaderos milagros en las afecciones del estómago, ha ocurrido un fenómeno meteorológico muy poco comun en España. En la noche del 15 de julio, cuando todos los vecinos se hallaban sentados á la puerta de sus casas tomando el fresco de una noche apacible y serena, cruzó por encima del pueblo un globo de fuego, que al decir de cuantos le vieron, dejó tras sí una Estela de brillante chispería. Era sin duda un meteoro-igneo. La consternacion en que dejó su paso á los vecinos, creció de todo punto, cuando á pocos momentos, estando la atmósfera completamente serena, se oyó un pavoroso trueno, cuya detonacion seria igual al estruendo de cien piezas de artillería disparadas á la vez. Creían todos asustados que era la última noche de su vida, esperando con terrible ansiedad la repetición del fenómeno. Á la mañana siguiente se vió que á una legua de distancia, en el camino de Almodóvar del Campo, provincia de Ciudad-Real, habia caído un Aerolito ó piedra de mas de doce arrobas caída de la atmósfera, y que en su rápido descenso habia hecho pedazos cuatro grandes nogales que habia al lado de una casa, cuyo alero del tejado habia destruido. La piedra era mas bien una masa de hierro con gran cantidad de azufre, cobre y plomo fundido. Se ha colocado en la plaza de Puerto-lano. Y con este motivo se ha discutido mucho sobre las cuatro teorías que esplican la formacion de los Aerolitos. La primera, debida á M. La Place, los considera como cuerpos lanzados por los volcanes de la luna hasta en la esfera de actividad de la atraccion terrestre. Supone la segunda que los elementos que los componen existen en el estado de gas y diseminados en la atmósfera, hasta que experimentan una súbita condensacion, bajo la influencia de ciertas causas que se ignoran. Segun la tercera, encuéntranse esas piedras ya formadas en los espacios celestes, donde se mueven con gran velocidad, en virtud de las acciones planetarias, cayendo á la tierra en el momento en que dichas acciones predominan sobre ellas. Preséntalos por último, la cuarta, como fragmentos de roca lanzados á una inmensa altura por nuestros volcanes, y que, despues de varias evoluciones en derredor de nuestro globo, acaban por volver á caer. Por mas ingeniosas que sean estas teorías, no son, sin em-

bargo, mas que hipótesis: por lo tanto debemos modestamente confesar que el origen de los Aerolitos es un misterio que hasta ahora no hemos podido penetrar.

El día 18 de julio, á la marcada hora de las doce y cuarenta y dos minutos de la mañana, como habia prefijado la ciencia, se verificó el magnífico espectáculo de la naturaleza, el eclipse total del sol, visible sólo para la Europa en España. Así es, que á ella habian acudido todos los sabios astrónomos del mundo para hacer las observaciones de la sombra que iba á dejar tras sí la luna, tocando á la tierra en un punto del Océano Pacífico, no lejos de la costa correspondiente á la alta California, dirigiéndose por la region Norte de América, atravesando la bahía ó mar de Hudson, el Labrador y el Océano Atlántico, hasta cortar á nuestra península en una direccion casi paralela al curso del rio Ebro; y despues de pasar sobre el Mediterráneo, tocando las Baleares, introducirse en Africa por Argel, para ir á terminar en Egipto en las orillas del mar Rojo, donde se desprenderia de la tierra. Grande ha sido el movimiento de curiosidad que ha escitado el eclipse, trasladándose muchísimas personas, ya por los trenes extraordinarios del Ferro-Carril, ya por la posta, ya por las diligencias, á los puntos de la faja de treinta y siete leguas de anchura, con que iba á dividirse la Península por la sombra de la luna. Penetró en medio del asombro de los hombres, de la consternacion de los animales, y de la marcada sensacion de las plantas y de las flores, que experimentan alteracion con la luz, la sombra lunar en España por el mar Cantábrico en la parte comprendida entre Bilbao y Jijon, atravesando la cordillera Pirenaica, pasando despues por los altos páramos de Lora, la Brújula, Montes de Oca, el pico de San Lorenzo, á 2,300 metros sobre el nivel del mar; los picos de Urbion, muy poco menos elevados, y siguiendo la Arista que forma la divisoria de los rios Duero y Ebro, en donde se encuentran las elevaciones de las sierras del Almuerzo y del Madero, de quien forma parte el Moncayo, prosiguió la cuenca del Ebro en la direccion de las sierras de Segura y San Yust, y cubrió todo el intrincado laberinto de montañas que ofrecen las proximidades de Morella hasta las orillas del Mediterráneo por Valencia.

El Gobierno Español ha procurado dar una noble y magnífica hospitalidad á los sabios astrónomos que de todas las naciones han venido á estudiar el eclipse, y los ha invitado á que veigan á Madrid á celebrar un congreso científico con los astrónomos españoles.

Esta importante y solemne reunion que tan fecunda promete ser para los progresos de la ciencia, se verificará á mediados de agosto.

Siguen abandonando á Madrid las familias de la alta sociedad, marchando unos al extranjero, otros á las provincias del Norte, y algunos al sitio Real de San Ildefonso, donde se ha trasladado la corte. Madrid presenta hoy el aspecto triste de una ciudad falta de la mas lucida parte de sus habitantes, y privada de toda diversion, viendo con mengua de su decoro, hace dos meses cerrados todos sus teatros.

En San Ildefonso reina á cambio de esto la mayor animacion. Continuas jiras y expediciones campestres, se suceden todos los dias, y en alegres caravanas recorren los mas pintorescos puntos de aquel sitio Real favorito de Felipe V, las familias que han ido allí á pasar el verano. El Rey, ha dado el impulso á estas deliciosas expediciones, convidando á varias personas y familias para que le acompañen ya en su ascension al cerro de Wamba, ya en su bajada á la laguna de Peña-Lara, ya en sus peregrinaciones á la antigua y sombría Cartuja del Paular. Allí, el Rey,

rodeado de los infantes Montpensier y Don Sebastian, depuesta la enojosa y fría etiqueta de la corte, trata con la amabilidad de un elegante joven del gran mundo á los que han tenido el honor y la dicha de recibir sus invitaciones. Allí entre jovial alegría y sobre el césped y bajo la sombra de pinos seculares, se improvisa un delicioso almuerzo sazonado con la noble franqueza, que nunca olvida la distancia social, y con los chistes de buen tono; todo despues de haber recorrido en caballitos del pais aquellos fragosos montes, ó haber trepado á pié, resbalando á cada instante, inaccesibles peñascos cubiertos de eterna nieve. La Reyna Isabel con el Príncipe de Asturias, y las Infantas sus augustas hijas, sale al anochecer á los jardines, seguida de casi todas las personas mas notables del sitio á saludar el alegre regreso de los expedicionarios, que vuelven encantados de la amabilidad Real y con larga cosecha de lances y anécdotas que contar en las tertulias por la noche.

En Madrid ha llamado mucho la atencion el matrimonio de la linda hija de uno de los mas opulentos banqueros, Doña Adela M..., con uno de los jóvenes que voluntariamente habian marchado á la guerra de Africa; capitan hoy en uno de los batallones que allí tanto se han cubierto de gloria. El joven Don M. R... debe hoy la felicidad de ser el esposo de una de las mas bellas y ricamente dotadas jóvenes de Madrid á un suceso altamente misterioso y romántico, á una flor.

Hace diez meses toda la España se hallaba en la mayor animacion. Los Moros de Marruecos habian ultrajado el pabellon español, habian osado arrastrar por el suelo las armas de Castilla, y altaneros se habian negado con estudiadas dilaciones y friboles pretextos á dar satisfaccion de la ofensa. Se les declaró la guerra. Un grito unánime de aprobacion resonó en todos los ámbitos de la Península. Habló la Reina por medio de sus ministros, y las cortes de la Nacion, interpretando justamente el sentimiento popular, ofrecieron abundantes recursos en hombres y en dinero para llevar la guerra á las abrasadoras playas del Africa para humillar la insolencia del bárbaro Agareno y sostener la gloria del nombre español.

Al ejemplo de la Reina, dispuesta como la primera Isabel, á enajenar sus joyas para mantener los ejércitos, cuantiosos donativos vinieron ofreciéndose de todas las provincias de la Península y de Ultramar. Hablaron los prelados, fomentó el clero el espíritu público. Y en los salones de la alta sociedad, en las modestas habitaciones de la clase media, y hasta en la miserable boardilla del pobre, se ocupaban las mujeres, ya que no podian tomar otra parte en la lucha terrible que se preparaba, en hacer hilas y aprestar vendajes para restañar la generosa sangre de los valientes que en una guerra sin cuartel iban á caer víctimas de las espingardas y gumias del bárbaro y fanático Marroquí.

En una de estas tertulias, en la de la casa del banquero M..., se hallaban reunidas varias señoras y caballeros. La Reina del salon era su hija Adela, pero se hallaba triste en medio de la alegría que animaba las conversaciones de todos, al calcular los futuros triunfos en Africa del ejército español acantonado ya en Cádiz, Málaga y Algeciras. Estaba triste porque habia allí dos jóvenes que se disputaban su corazon: un hijo de un rico comerciante de Santander, á quien su padre habia prometido su mano, y un joven voluntario, D. M. R..., que desesperado de aquella union, marchaba á la mañana siguiente á Cádiz á reunirse á un batallon de cazadores, donde se habia alistado por todo el tiempo de la guerra, y que mandaba un tio de Adelita.

Tres veces en aquella misma noche el coman-





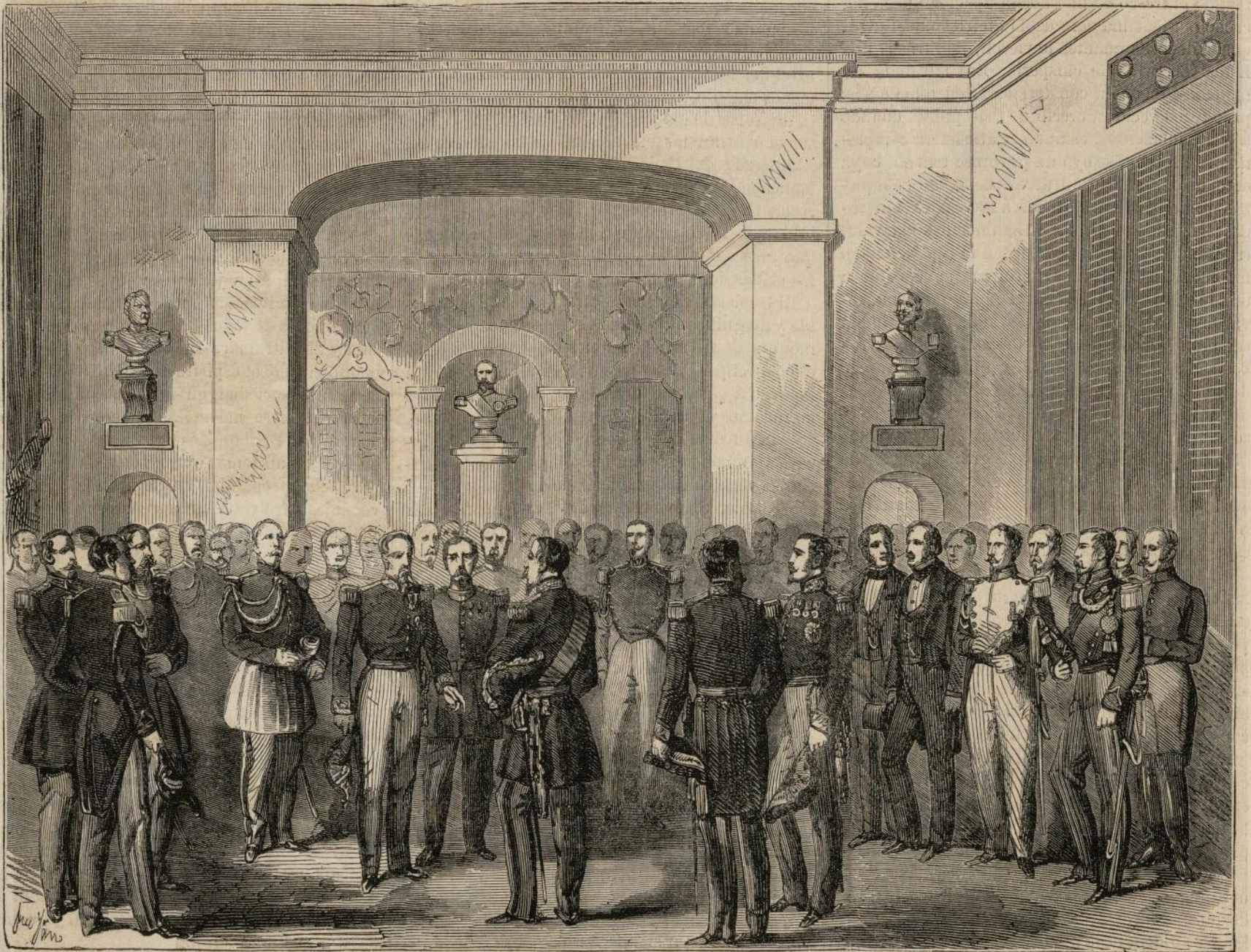
Incendio en B rey, el día 5 de agosto.

dante que debia tambien marchar al dia siguiente á Cádiz, y de allí á Africa, y su encantadora sobrina, habian procurado detener al despedirse á R..., como para darle ocasion de esplicarse.

— Usted toca muy bien y canta, le dijo Adelita, abriendo su piano. ¿Seria usted tan amable que nos quisiese cantar alguna cosa? Despues de un momento de vacilacion, el jóven voluntario se sentó al piano.

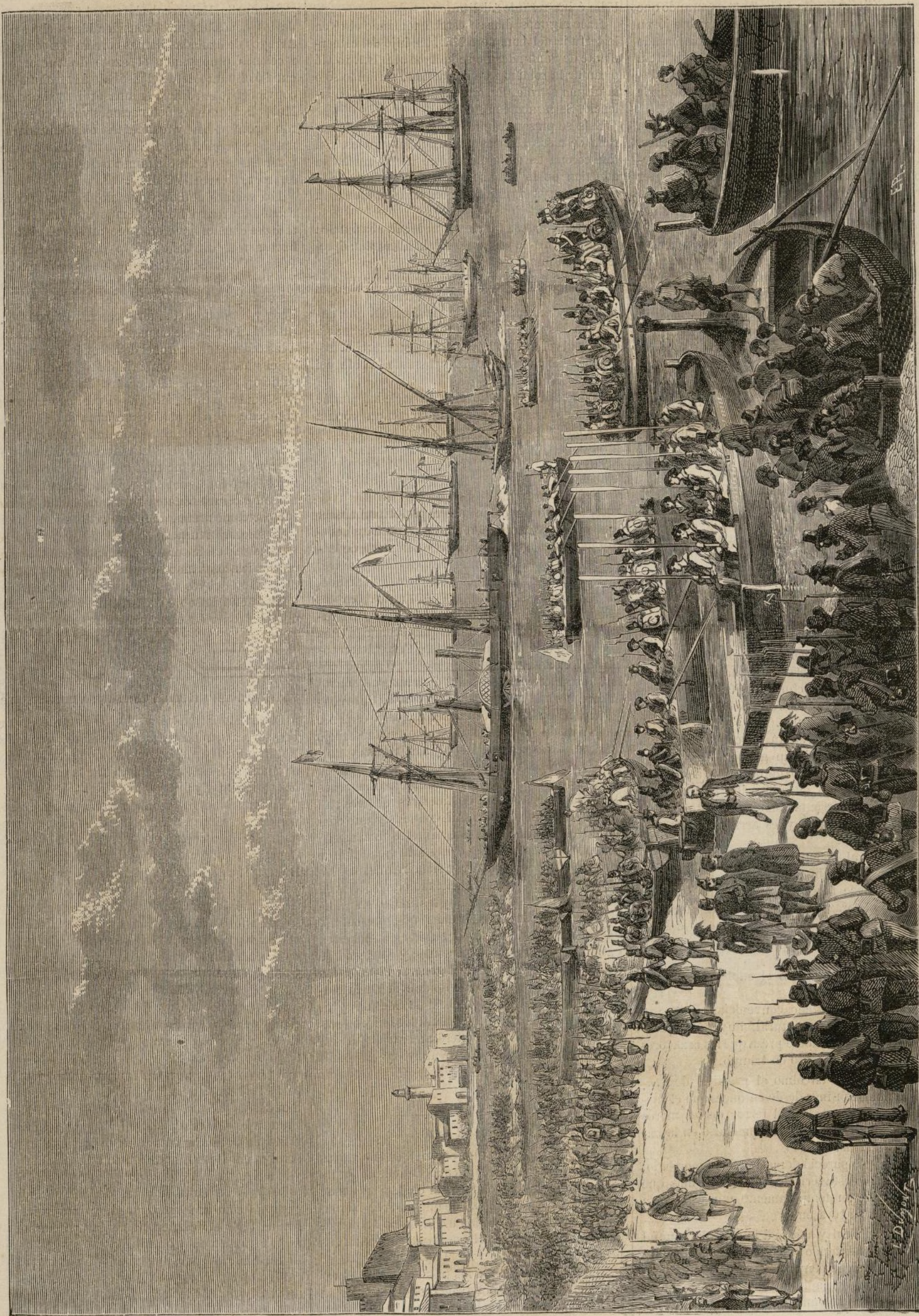
— No sé nada, dijo, mas que una balada imitada del Aleman, titulada la *partida*.

Y despues cantó con indecible acento una romanza cuya letra era la Ausencia de un jóven que al partir acompañado de sus amigos para la guer-



Visita de S. M. el Emperador á la escuela de Saint-Cyr, el día 4 de agosto. (Cróquis de M. Moullin.)





El general Bosco y las tropas napolitanas evacuando á Milázzo. (Diseño de M. Durand-Brager.)



ra, pasa por debajo de la ventana donde estaba entre unas flores oculta su amante esperando que ésta le arroje una flor. « Así lo hizo la pobre joven de la ventana, empero el voluntario había pasado ya, sin ver aquella flor que había caído junto á sus piés, y la joven se retiró llorosa al ver alejarse á su amante, sin que supiera cuánto ella le amaba en silencio. »

Todo el mundo aplaudió á R..., escepto Adelita que se entró en su cuarto. Media hora despues, casi al salir el joven voluntario de la casa, agarrado del brazo de su comandante, sintió caer sobre su cabeza una cosa suave y ligera, y cojió con trémula mano una magnífica dalia... humedecida de rocío ó de lágrimas.

Reconoció á la luz de uno de los reberberos del gás la flor que Adelita llevaba aquella noche en la cabeza. El comandante prosiguió su camino como si no hubiese reparado en nada.

R... lo comprendió todo, y bendijo la romanza que había tenido la feliz ocurrencia de cantar.

En el mes de diciembre ya se hallaba en Africa y habían comenzado las operaciones. Allí encontró la ocasion de ganar una charretera. En aquellas sangrientas luchas en que había que combatir á la vez con los elementos y la terrible enfermedad del Ganges y el fanatismo de los árabes, hizo prodigios de valor y mostró la mayor serenidad y firmeza.

En la batalla de Sierra-Bullones, rodeado de cadáveres de los soldados de su compañía, él solo permaneció en pié, parecia invulnerable porque tenia un talisman, era una caja de Vermeill que llevaba sobre el corazon, y que le preservaba de la muerte y de la derrota. Tal era al menos la conviccion que logró inspirar á los soldados de su compañía.

En la batalla de los Castillejos corrió al lado del general Prim, cuando este valiente y heroico joven, descollando en la campaña como los héroes de Homero, con la bandera Española en la mano, arrastró tras sí á la victoria al ejército vacilante un momento por el bárbaro ímpetu de las fanatizadas hordas Marroquíes.

En la batalla de Tetuan, su comandante que había caído en poder de un grupo de los árabes adelantándose en el ardor de la batalla á su batallón persiguiendo al enemigo, iba ya á perecer, cuando R\*\*\* se presenta con unos cuantos soldados, arrolla los asesinos y les arranca de las manos su víctima.

— Llevaos al comandante y dejadme morir, grita el intrépido subteniente.

Un moro hace fuego sobre él á cinco pasos, apuntando al corazon la boca de la espingarda. Sale el tiro, la bala da á R... en medio del pecho, pero se aplasta sobre su uniforme y cae á sus piés.

— Viva la Reina! grita el subteniente blandiendo su espada.

Y los árabes, espantados con semejante milagro, creen ver un sér sobrenatural, huyen en desorden y abandonan su doble presa que los cazadores conducen al campamento en triunfo.

Este rasgo puso el colmo al prestigio de R... Ya no le llamaron mas desde entonces que el *subteniente del talisman*. Fué el terror de los moros y acabó de acreditar su valor temerario en la batalla de Gualdras.

El cólera solo pareció domarle por un momento, pero triunfó de esta terrible enfermedad mas que la robustez de su temperamento una esperanza que animaba su corazon.

Volvió á Madrid y asistió á la entrada triunfal del ejército, ostentando en su pecho la cruz de los valientes y luciendo en sus hombros las charreteras del grado de capitán. Lo que mas le halagaba era una importantísima carta que traía de

su comandante para su hermano el padre de la bella é interesante Adelita.

Hace algunos dias se estaba tomando el té en la tertulia del banquero M... El hijo del comerciante de Santander no se hallaba allí. R... volvió ó cantar la romanza de la partida, variando sólo la última estrofa. Es, que ya no era amado en silencio. Se casaba con Adelita.

Esta se presentó ante el altar en vez de la corona de rosas blancas que usan las novias, con una corona de dalias, cosa que llamó mucho la atencion en la alta sociedad tan esclava de la moda, y cuya significacion en vano se afanaban en averiguar.

— ¿Cuál era ese talisman que le salvaba á usted de la muerte? le preguntó Adela al capitán apretándole la mano.

— Busque usted en el fondo de su canastillo de boda, respondió R... y la encontrará.

Buscó y encontró la caja de Vermeill que cerraba las hojas secas de la dalia que había echado al voluntario la vispera de su marcha. Sobre aquella caja se había aplastado la bala del feroz Marroquí.

Entonces comprendió toda la sociedad porque la bella novia se había presentado con una corona de dalias.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

#### SUCESOS DE ITALIA.

No entra en la índole de nuestro periódico, ni hacer apreciaciones filosóficas ó políticas sobre los acontecimientos de Italia, ni contar el número de cañonazos que se disparan en esa estraña guerra, ni profundizar los charcos de sangre derramada, ni asociarnos á los entusiastas que cubren los hombros de Garibaldi con el noble manto del patriotismo, ni á los detractores que le echan encima la capa hipócrita de la ambicion. Cálzenle el coturno ú el zueco, llámenle redentor ó siervo, coloso ú enano, grande adalid ó audaz guerrillero, enhora buena, poco importa al *Mundo ilustrado*: su incumbencia única, su deber esclusivo es poner á la vista de sus abonados, como en un espejo diáfano y trasparente, las páginas, vivas y animadas, de los acontecimientos de nuestro siglo en todas las partes del globo. Y no creemos habernos departido hasta ahora de nuestros deberes: ni nos departiremos nunca. Allí donde hay que consignar un hecho, allí está nuestra incansable pluma, allí donde hay que prestarle vida, relieve y verdad, allí se encuentran siempre nuestro esculpulosopincel y nuestro delicado buril. Fieles en tal propósito, publicamos hoy las lindas perspectivas, los magníficos panoramas que presentan, ya por su naturaleza, ya por su vida y animacion, ya por el número de personas y variedad de objetos que en el figuran, el general Bosco y las tropas italianas en el momento de evacuar la ciudad de Milazzo, la vista general de Mesina y la entrada en este punto del general Medici y los soldados sicilianos. Estos interesantes trabajos son debidos al pincel de nuestro activo y estudioso corresponsal Durand-Brager.

B.

#### INCENDIO DE BERCY.

Bercy, la poblacion que encierra en sus vastas bodegas los productos vinícolas de toda la Francia y aun del mundo entero, la ciudad en donde cada calle lleva el nombre de una cosecha afamada, acaba de ser teatro de un incendio alimentado con los líquidos espirituosos que contenian sus profundas bodegas.

El domingo último, á las tres de la tarde, varias detonaciones sucesivas producidas por la explosion de las cubas de alcohol, vinieron á inter-

rumpir el descanso dominical de la calle de Gallois y del muelle. Habiase declarado el fuego en uno de los depósitos mas considerables del barrio. Arroyos de azuladas llamas corrian en todas direcciones, propagando el azote destructor que cundió al punto desde el piso bajo á la techumbre, convirtiendo el edificio en una ardiente hornaza. Multiplicábanse las detonaciones y á poco se vieron encrespadas y candentes olas inundar el muelle y precipitarse al Sena, amenazando comunicar el fuego á un cargamento de vinos, anclado en frente de la calle Gallois.

Los vecinos de Bercy que no habían aprovechado la rareza del buen tiempo para respirar el aire del campo, acudieron presurosos al sitio de la catástrofe con los bomberos de los cuarteles de Poissy, Culture-Sainte-Catherine, del Vieux-Colombier, uniéndose á ellos algunos destacamentos de la guardia de Paris y de otros cuerpos de línea y las bombas del ferro-carril de Lyon y de Orleans. Pusiéronse en juego diez y ocho bombas á las órdenes del coronel de Lacondamine: cinco en el muelle, para combatir de frente al grande edificio y sus almacenes, cuatro en la calle Gallois, cuatro á espaldas de los depósitos y cinco en el muelle para abastecer de agua del Sena las bombas que funcionaban con toda energía.

Las maniobras de los zapadores bomberos lograron apagar el incendio que devoraba los edificios, pero los líquidos cargados de alcohol reanimaban incesantemente el azote asolador y sólo con carros de arena, de abono y tierra se consiguió sofocar el fuego.

A las seis de la tarde, el incendio estaba circunscrito á los almacenes y al bastimento cargado de vino, cuyos costados venian á lamer las llamas flotando sobre la superficie de las aguas del Sena, queriéndose cebar en el casco.

MAC VERNOLL.

(Trad. A. L. de B.)

#### VISITA DEL EMPERADOR Á LA ESCUELA DE SAINT-CYR.

El sábado último, á las dos de la tarde, el emperador, acompañado de los señores generales Rollin y Fleury, del coronel Toulangeon y de dos ayudantes de campo, fué á visitar la escuela militar de Saint-Cyr.

Su Magestad fué recibido en la puerta de honor por el señor general conde de Monet, comandante de la escuela, el señor general Aulas de Courtigis, inspector general, y el señor general Duhesme, comandante de la subdivision de Sena-y-Oise. El emperador se dirigió inmediatamente á la sala de recepciones, en donde le fueron presentados los oficiales de todas armas, los profesores militares y civiles que componen el estado-mayor de la escuela, y despues pasó en revista el batallón y el escuadrón de los alumnos formados en batalla en el gran patio de maniobras.

El emperador ha sido saludado por las aclamaciones unánimes mas entusiastas, y durante todo el tiempo que S. M. empleó en pasar frente á la tropa, no cesaron los gritos de: Viva el emperador! viva la emperatriz! viva el Príncipe imperial! con una energía y una espontaneidad que han debido probarle que el primer batallón de Francia es el corazon del ejército, que el primer principio de educacion militar dado á los alumnos arraiga en ellos íntimamente la adhesion al trono y la adhesion á la bandera.

Despues de las maniobras de infantería, ejecutadas con una precision hoy proverbial en Francia, S. M. condecoró de su propia mano á gran número de oficiales y de sargentos de la escuela, despues visitó las diversas partes del establecimiento (dormitorios, refectorios, anfiteatros, salas de estudio, sala de las colecciones científicas), informándose de las necesidades de



los alumnos, de las modificaciones y de la mejoras que se hayan podido juzgar necesarias, manifestando de este modo toda su solicitud por una de las instituciones mas preciosas, cuyos hijos, que han llegado á ser mariscales y generales, son casi todos los héroes mas populares y mas conocidos de las campañas de Africa, de Crimea y de Italia.

En todas partes á su paso, S. M. era acogido con las aclamaciones mas vehementes, á las que respondia siempre con algunas palabras benévolas. Aquí, esclama un grupo de alumnos: Viva la emperatriz! « Sentirá no hallarse conmigo, » responde el emperador. Allá, á un grito: Viva el príncipe imperial! « Quisiera verle en medio de vosotros. »

S. M. asistió en seguida á los ejercicios de esgrima y de gimnástica; pero fijó particularmente su atencion en la seccion de caballería que ha sido creada de poco tiempo á esta parte y de cuyos excelentes resultados se ha dudado algunas veces, á consecuencia del excesivo respeto que se tiene en Francia á los antiguos usos. Despues de algunos rápidos movimientos de la escuela de escuadron ejecutados con notable habilidad, á pesar del mal estado del terreno empapado por las lluvias, los alumnos fueron presentados al emperador en el manejo y en la carrera, en donde mostraron que son hábiles y vigorosos ginetes. Una escuela de artillería de sitio y de campaña terminó la jornada.

S. M. ha manifestado toda su satisfaccion, diciendo al general comandante de la escuela: « General, al venir aquí, esperaba encontrar todo muy bien; lo que he visto ha excedido mis esperanzas; » y salió de la escuela á las seis y cuarto, saludado la última vez por las aclamaciones de los oficiales y de los alumnos, quienes conservarán mucho tiempo el recuerdo de este día.

MAC VERNOLL.

(J. R.)

## UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

(Continuacion.)

## IV

*El original de un cuadro.*

No pude contener un grito de asombro al contemplar las facciones de aquella mujer extraordinaria.

¿Recuerdas, Bautista, la hermosa cabeza de la Diana que está frente á la puerta de mi dormitorio? Pues era ella, el original vivo, palpitante de esa pintura, comprada por mí á un vendedor de cuadros un año antes de los acontecimientos que te refiero. Esta rara coincidencia me dejó aturrido. Creí ser juguete de una alucinacion de mi fantasía, y llevé la mano á los ojos para asegurarme de que estaba despierto. Pero no soñaba, no; aquella mujer, bella como el ángel de la esperanza, no era una vana sombra hija de mi delirio; estaba allí, viva, tangible, mirándome fijamente como gozándose en el asombro que su presencia me producía. El óvalo perfecto de su rostro, de un moreno claro, se destacaba sobre la negra moldura de su abundante cabellera, recogida en una redecilla de seda y oro, que salpicaban á trechos algunos canutillos de coral, ménos brillante que el húmedo carmín de sus delgados labios. Sus ojos, mas negros aun que sus cabellos, tenían esa mirada lánguida, ardiente y voluptuosa que distingue á las hijas de los países meridionales, y estaban velados por largas y sedosas pestañas. La tersura de su frente, la rectitud de su nariz y los purísimos contornos de su cuello, adornado con un doble collar de menudos

zafiros, traían á la memoria los antiguos modelos de la estatuaria griega... Pero ¿á qué hacerte su retrato, puesto que la conoces? Era Diana, Diana desprendida del lienzo por un conjuro mágico.

Por espacio de algunos instantes permanecí mudo é inmóvil sin poder articular ni una sola palabra. Tal era mi estupor.

— No me conoces, Luis? — repitió Paulina sonriendo dulcemente.

— Sí!... sí!... te conozco! — la dije al fin mirándola con adoracion. — Pero yo no te he visto nunca real y verdadera como te veo ahora!... Sí, te conozco!... — Tú eres la maga de mis sueños de niño; el ángel de blancas alas que en mis noches de insomnio he visto cruzar por el espacio, á través de los ténues celajes bañados por la luz de la luna; la encarnacion de la bendita imagen que guardaba mi alma en el santuario de sus ilusiones!... Yo he sentido tu voz en el suspiro de los céfiros que ajitan el ramaje de las umbrías; en el lejano murmullo de las olas que mueren deshaciéndose en espuma sobre la arena de las playas; en las notas del *Angelus* repetidas por los ecos de mi valle natal, cuando bañaban la tierra las melancólicas tintas del crepúsculo de la tarde!... Yo he visto la luz de tu mirada en el trémulo fulgor de las estrellas sumergidas en un océano infinito de azulados vapores; en los fosfóricos destellos de las aguas del mar azotadas en las tinieblas por el acompasado remo del pescador; en las rápidas exhalaciones que resbalan por la celeste bóveda; en los misteriosos fuegos que vacilan en la sombra sobre el musgoso tapiz de los pantanos!... Sí!... sí!... te conozco!... te he conocido toda mi vida!... Pero hace un año que no sólo veo flotar tu imagen en los delirios de mi alma...

— Sino que la posees trasladada al lienzo, ¿no es verdad? — interrumpió aquella mujer incomprendible sonriéndome siempre. — Ya lo sé, Luis, ya sé que hace un año dedicas todos los días algunos minutos á la contemplacion de tu cuadro favorito; ya sé el aprecio en que tienes á tu *Diana*, sin embargo de lo poquísimo que vale como obra artística.

— Pero ¿cómo sabes eso?... ¿quién ha podido revelártelo?... — exclamé en el colmo del aturdimiento.

— ¡Oh! no vayas á tomarme por una hechicera!... Nada mas sencillo que la explicacion de ese enigma: tu *Diana* es obra mia. — Quise que poseyeras mi retrato, y, como para satisfacer este capricho no tenia que valerme de nadie, hice esa composicion mitológica que te vendieron por mi orden. Ya ves que somos conocidos antiguos; que mi encuentro de hoy no ha sido casual, sino preparado por largo tiempo; que no puedo burlarme de tí, como en un principio imaginaste, y que no he venido á este sitio para seguir una broma de Carnaval. Pero nuestro conocimiento no data de la fecha que tu imaginacion de poeta supone; porque los contornos de las figuras que flotan en los desvaríos del alma son demasiado vagos para que puedan grabarse en el corazon. No, Luis: eso es que á fuerza de familiarizarte con mi imagen has llegado á divinizar, y has creído ver en ella el ideal de tus sueños.

Paulina se detuvo un instante.

Mi contemplacion se habia convertido en éxtasis.

— Luis, — continuó aquella mujer envolviéndome en su mirada como en un velo magnético, — Luis, ¿crees en mi amor? —

Y su voz era trémula y dulce, como las vibraciones de un arpa herida por el soplo de la brisa.

Quise levantarme para caer de rodillas á sus pies; pero un gesto de Paulina me detuvo recordándome el lugar en que nos hallábamos.

— Oh! sí, te creo, te creo, Paulina de mi alma, — repuse con el acento sofocado por la emocion; — pero no puedo comprenderte, porque mi inteligencia se abisma en un caos infinito... Háblame, háblame, dime quién eres, cuál es tu origen, á dónde vas, qué has encontrado en mí para hacerme objeto de ese amor idólatra...

— Escucha, Luis: te he dicho antes que no sé quién soy, ni de donde vengo; ahora que no tengo antifaz, ahora que no tomarás á broma lo que voy á revelarte, añadiré que hasta desconozco mi verdadero nombre. Comunmente me llaman Paulina; pero en cada pais me conocen por un pseudónimo distinto. Así lo han querido las personas que me rodean. Y digo en cada pais, porque he recorrido la Europa entera en diferentes ocasiones.

Nací en Italia, y permanecí allí hasta la edad de doce años. En esa época empezaron mis viajes, y desde entónces no he vuelto á pisar el suelo de mi patria. Los recuerdos de mi niñez se reducen todos á la casita de mi cariñosa nodriza, situada sobre las márgenes del Arno, y al colegio de Florencia donde recibí mi educacion en compañía de las jóvenes aristócratas de la ciudad. Cuando he preguntado acerca de mi origen y de mi familia, unas veces me han respondido que aun no es tiempo de que la conozca; otras, que soy huérfana, pero que, sin embargo, estoy llamada á cumplir un gran destino si la suerte me favorece. ¿Cómo y en dónde? — No lo sé; jamás han querido indicármelo.

A escepcion de las caricias de una madre, nada absolutamente me ha faltado en el misterioso aislamiento de mi juventud. Siempre me he visto rodeada de cuantas comodidades proporcionan la riqueza y el lujo, objeto de continuas atenciones y dueño de mi voluntad en todo lo que no sea volver á Italia. Mis caprichos, aun los mas extravagantes, se han respetado siempre como leyes, cualquiera que haya sido el costo de su cumplimiento. Cuando quiero viajar, no tengo mas que decir una palabra: cuando quiero vivir en una poblacion de mi gusto, nadie limita el tiempo de mi permanencia. ¿Por qué esta obediencia pasiva á todos mis antojos? — Por qué el respeto con que se me trata? — ¿Quién sufraga los cuantiosos gastos que ocasiono? Tampoco lo sé! Un día quise probar hasta qué extremo era obedecida, y me puse á discurrir una cosa difícil de obtener; pero no atinaba con nada que pudiera satisfacerme. A la sazón nos hallábamos visitando el antiguo reino de Polonia, y nos habíamos detenido en la ciudad de Plok á fin de tomar los baños del Vístula. Examinando una tarde las grandes obras que entónces se practicaban en los muelles, ví entre el infinito número de forzados que trabajaban en ellas á un pobre diablo con el traje de los montañeses de la Calabria.

— Eres italiano? — le pregunté acercándome á él.

— Sí, excelencia, — me contestó descubriéndose.

— Cuál es tu delito?

— He muerto á un hombre en una disputa de juego.

— ¿Cuánto tiempo tienes de condena?

— Diez años.

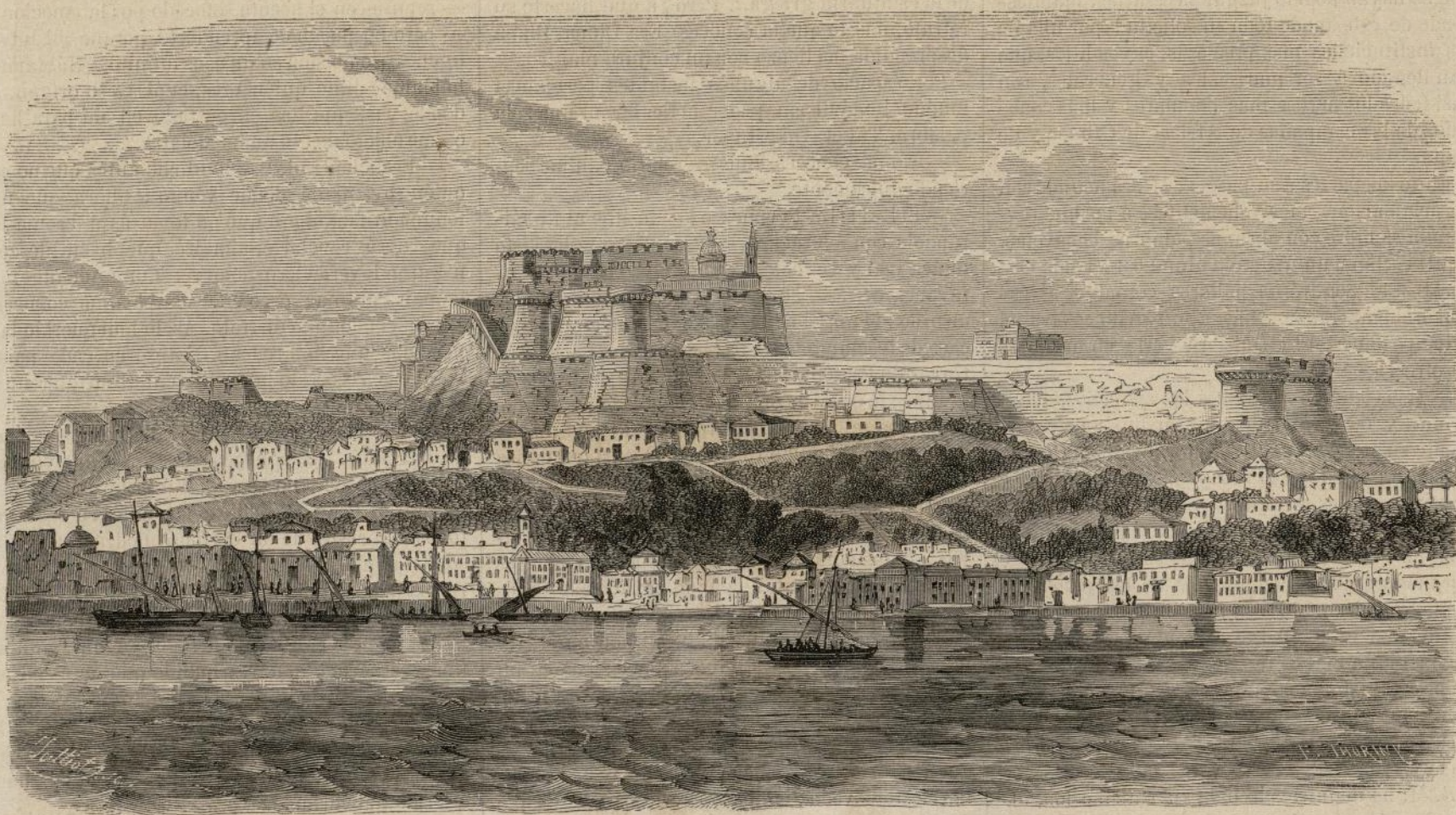
— Luego, ¿no le asesinaste?

— No, excelencia: le maté lealmente y cara á cara, recibiendo antes una herida de su mano. De otro modo, no hubiera podido contaros el lance en este momento.

— ¿Qué harías por el que rompiera tu cadena dándote por libre?

— Convertirme voluntariamente en esclavo suyo, y darle mi vida cuando me la pidiera. Pero eso no es posible, excelencia, á menos que no haga un milagro la santa Madonna.





Vista general de Milazzo. (Cróquis de M. Durand-Brager.)



Entrada en Mesina del general Médié á la cabeza de las tropas sicilianas. (Cróquis de M. Durand-Brager.)





Pueblos pastores de las fronteras militares de Austria. — Pastor eslavo de Appony. (Diseño de M. H. Valerio.)



— Ruégale con fervor, que para ELLA no hay nada imposible.

Dicho esto le volví la espalda, continuando mi paseo.

— Quiero la libertad de ese hombre — le dije á mi acompañante: — quiero tomarle á mi servicio.

Dos meses despues, al día siguiente de mi llegada á Crakovia, se me presentó el forzado del Vístula.

— Escelencia, — me dijo llorando de alegría: — la santa Madonna hizo el milagro; pero el corazón, á cuyas súplicas se le debe, sabrá también con el tiempo hasta donde llega mi gratitud.

Pietro, que así se llamaba aquel infeliz, ha cumplido su palabra: su gratitud no reconoce límites. Siete años hace que le tengo á mi servicio: ni una sola vez se me ha ocurrido necesitarle sin que le encuentre al alcance de mi voz. Él es mi segundo ángel custodio: para él no hay distancias, ni peligros, ni obstáculos de ninguna especie: su círculo de acción se estiende hasta donde le ordena mi voluntad.

Hé aquí, Luis, cuanto puedo decirte acerca de mi pasado. Ahora voy á explicarte el origen de mi amor hacia tí.

Era yo muy niña, como que apenas contaba diez y seis años, cuando te ví por primera vez. Fué en la capital de Irlanda.

— ¿Cómo, si yo no he estado jamás en ese país? la interrumpí con viveza.

— No importa! — continuó Paulina sin perder la gravedad de que se había revestido al comenzar su relato: — yo te ví entonces como te veo ahora... Oh! lo recuerdo perfectamente como si acabara de suceder. Oye, y comprenderás el misterio.

— Una noche, estando en el Teatro Lírico viendo la representación de *Maria di Rohan*, oí hablar á nuestros vecinos de palco de los prodigios de una célebre prestidigitadora llamada Arabella, á quien el público de Dublín atribuía también increíbles portentos en la ciencia adivinatoria. A juzgar por lo que decían mis supersticiosos vecinos, Arabella poseía la fórmula de poderosos conjuros, merced á los cuales el porvenir rasgaba su velo ante los ojos del que ambicionara conocer sus arcanos. Yo no era supersticiosa, no creía en los sortilegios, y sin embargo, escuchaba atentamente aquella conversacion, y empecé á sentir un invencible deseo de consultar á la hechicera. ¡Quién sabe, — me dije, acariciando una loca esperanza, — quién sabe si esa mujer podrá acaso descifrar el insondable enigma de mi vida!

A la siguiente mañana dí á Pietro el encargo de buscar á la prestidigitadora y de hacerla entrar en mi gabinete sin que nadie se enterase.

Cuatro horas despues apareció bajo el dintel de la puerta mi fiel servidor.

— La has encontrado?

— Miss Arabella espera en la antecámara las órdenes de la señora.

— Dila que entre.

FEDERICO DE LA VEGA.

PUEBLOS PASTORES DE AUSTRIA. — PASTOR  
SLÓVACO DE APPONY.

Al ver á los pastores que apacientan sus rebaños en las faldas de los montes Cárpatas, en esos paisajes de tan rara belleza, reconoce uno con dificultad á los descendientes de los nómadas Madgyares. Estos hombres, de patriarcales costumbres, no son aficionados á abandonar sus aldeas, viven sencillamente y tienen por su carácter mas puntos de contacto con los pueblos pastores que con los guerreros. Su traje no ofrece ninguna nobleza: las alas anchas de su sombrero se levantan hacia arriba hasta la altura de la

copa. Envueltos en sus capas de paño tosco y blanquecino, con sus largos cabellos de color castaño claro y sus bigotes rubios, parece que la melancolía es su único alimento.

Van siempre acompañados de sus mastines, los cuales reflejan á primera vista el carácter del dueño y de los ganados de que son custodios: dóciles y de poco cuerpo, estos animales tienen gran maña para dirigir y reunir las desparramadas ovejas.

Estos pastores tienen no obstante una pasión, que no les sonroja, la pasión de la danza. Reúnense con frecuencia en medio de sus rebaños y se entregan á sus *sardas*, bailes nacionales, al son de una melodía húngara silvada por uno de ellos, tendido en el suelo, embozado en su amplia capa y saboreando las dulzuras que les inspiran los recuerdos rimados de su país natal.

En el fondo de estos hábitos dulces y llenos de poesía se descubre á una nación de origen oriental transportada á Europa.

LEO DE BERNARD.

(Trad. A. L. de B.)

### CRÓNICA DE TRIBUNALES.

La propiedad literaria es un progreso. Hubo un tiempo, en que los autores la miraban como bienes mostrencos, en que el novelista dejaba su obra á la disposición de sus colegas de teatro, y por ley recíproca, unos y otros, sin darse cuartel, se robaban las ideas y aun los títulos de las producciones dramáticas. En cierta ocasión, á un cómico del *hotel de Bourgogne*, llamado Villiers, se le puso en el caltre cortar cinco actos en un drama español y bautizar este aborto absurdo con el título de — *el Convidado de Piedra*. — La pieza obtuvo un éxito extraordinario. En vista de esto, otro cómico, Dorimond, del teatro de *Mademoiselle*, otro de la compañía del *Petit Bourbon*, un tal Molière y otro mas, Rosimond, de la *del Marais*, se apoderaron del monstruoso aborto, y cada cual dió su *Convidado de Piedra*. — La monstruosidad dramática, — ya que no la pieza, — era á no dudarlo propiedad de Villiers, y sin embargo, no consta, que yo sepa, en ningún documento, que Villiers intentase ningún litigio, reclamando su derecho, contra los señores Dorimond, Molière y Rosimond. En mi juventud he visto ya mas de cuatro *Guillermos Tell* y no sé cuántas *Cruces de oro* y *Naufragios de Medusa*, sin que los autores que bautizaron así sus piezas, é hicieron populares estos títulos, atacasen á los fraudulentos autores que los pusieron despues en explotación. Hoy se miran las cosas con mas escrupulo, y hace unos meses, el título de *Ohé, mes petits agneaux!* (Ola, corderillos!) estuvo á pique de suscitar tormentas judiciales, y el del *Punch-Grassot* de hacer que vinieran á las manos los dos teatros mas amenos y divertidos de París.

No cabe duda que toda propiedad es respetable, inclusa la de un título; mas, es preciso que éste pertenezca á quien le reclama, que sea el fruto de sus meditaciones, hijo de su imaginación y no de su memoria. Por ejemplo, *El brazo de Ernesto*, — *E. H.* — *La Rosa y el saca muertos*, — *Abracémonos Anton*, — *He devorado á mi amigo*, — *El zapador y los tres buñuelos*, son títulos de piezas que no se encuentran á dos tirones y que han requerido por parte de sus padres laboriosas elucubraciones; pero otros mas triviales, como *las torres de Nuestra Señora*, *los Porquerizos*, *Tivoli*, *Mabille*, *la Pequeña Polonia*, *la Nueva Atenas*, deberán ser propiedad exclusiva del que los usó primero? Esta cuestión acaba de ser sometida al Tribunal y resuelta negativamente.

Fuerza es añadir que de hecho el Tribunal reconoció que el título reclamado no estaba com-

pletamente virgen, y que se habían servido de él otros autores primero que el querellante.

Este título es el de la *Pequeña Polonia*, uno de esos antiguos barrios destruidos, una especie de sucursal de la *Corte de los Milagros*, un *Ghetto* de jitanos, en donde florecían los predestinados á la horca, endonde pululaban todas las enfermedades, todas las miserias, todas las degradaciones sociales. Balzac y Eugenio Sué estudiaron cada cual la *Pequeña Polonia*, citándola y describiéndola, aquel en los *Parientes pobres*, éste en los *Misterios de París*. A su vez M. H. Audeval dió el nombre de *Pequeña Polonia* á una pieza de teatro que hizo representar, — en dónde? Cualquiera dirá que no hay sino un modo de responder á esta pregunta; sin embargo, hay dos y muy distintos, como verán mis lectores. El abogado de M. Audeval responde así:

« Mi cliente, señores, es autor de una pieza nominada la *Pequeña Polonia*, que se representó, no sin buen éxito, en el teatro del Luxemburgo. »

Oigase ahora al defensor de MM. Lambert Thiboust y Blum.

« Nuestro contrincante, señores, hizo representar en Bobino una *Pequeña Polonia*. La pieza logró algun éxito? quiero concedérselo; mas en cuanto á su mérito, bien difícil me será apreciarlo, porque ni siquiera llegó á imprimirse. »

Lo que es saber presentar las cosas! Al oír el primero de los citados exordios, iba ya á descubrirme ante M. Audeval, como delante de un hombre de mérito, gloria y esperanza del teatro contemporáneo, dándole la razón en su litigio. Pero al escuchar al segundo orador, volví á callarme el sombrero y dije para mi capote: « qué motivo de queja puede tener quien se hace representar en Bobino sin merecer los honores de la imprenta! » — Y formé coro con el Tribunal que falló diciendo que la producción de MM. Lambert Thiboust y Blum continuase figurando en el anuncio de la *Gaité* con el título de la *Pequeña Polonia*.

Si, ahora, M. Ponsard, tiene el capricho de dar á la escena del *Teatro-Francés* una *Pequeña Polonia*, entreverada de prosa y verso, y si á su vez se le antoja á MM. Lambert Thiboust y Blum armarle camorra, el abogado de Ponsard podrá también empezar su defensa de este modo:

« Los Sres. Lambert Thiboust y Ernesto Blum dieron en un tablado del *boulevard* una *Pequeña Polonia* en prosa que se imprimió en papel de estraza... »

Llevarán su merecido: mas supóngolos hombres de buen sentido para provocar tales debates, como los creo también sobrado honrados para haber pretendido despojar á un colega en el caso presente.

Otro litigio á propósito de títulos de obras.

La cuestión no es aquí de igual á igual, sino de autor á editor.

El editor es Gustavo Barba, de la familia del Barba con quien sostuvo un litigio Federico Lemaitre, — con motivo, si no me engaño, de Robert-Macaire, en cuya pieza había colaborado, — y á quien lanzó en plena audiencia este terrible apóstrofe: « Acabémos, señor Barba, no es usted mas que un librero! »

No es usted mas que un librero, es decir, que con tal que usted venda sus libros y dé salida á su papel impreso, lo restante le importa dos ardites, dando á perros los intereses morales y materiales del autor y la estima del público: al negocio y nada mas.

Tal es en resumen la queja que M. Claude Genoux presenta hoy al editor Gustavo Barba.

Al abogar M. Federico Thomas por su cliente M. Claudio Genoux, hace la historia viva de éste que empezó su carrera con el oficio de limpiachimeneas. Era el duodécimo y último hijo de



una familia estremadamente pobre, y tenía ocho años escasos cuando abandonó el hogar doméstico para buscarse un pedazo de pan. Dió un tierno abrazo á su madre, un adiós á su aldea, y empuñando su arma deshollinadora, partió lejos, muy lejos, á la gracia de Dios. Dió la vuelta al mundo dos veces, ejerciendo toda clase de oficios y atravesando vicisitudes sin cuento: á su vuelta, escribió la historia de sus aventuras y se encontró con que su trabajo literario era una obra maestra por la naturalidad, por su interés y por su sana y edificante moral: titúlase el libro *Memorias de un hijo de Saboya*. La Saboya, su tierra natal, hé aquí el pensamiento, el cariño que llena su existencia. Por el día, en el taller, mientras gana con sus manos el pan para su mujer y para su hijo, se ocupa de su cara Saboya, y por la noche se entretiene en narrar su gloriosa historia. Domina en su libro un espíritu *separatista*. Este punto de vista,—que segun Claudio Genoux encierra la felicidad de su país,—le mereció la honra de una carta curiosa de M. Cavour, leída en la audiencia por M. Federico Thomas y que reproduciríamos en nuestras columnas si para ellas no fuese la política un terreno vedado.

La *Historia de la Saboya* es la base del litigio entre los señores Genoux y Barba.

Al estallar la guerra de Italia, cuando todas las miradas se fijaron hácia el Piamonte, M. Barba,—que es librero,— trató naturalmente de explotar las circunstancias. La *Historia de la Saboya*, que el editó, tenía por segundo epígrafe: *Historia del Piamonte y de la Cerdeña*: plácele trocar los frenos y cátese la *Historia de la Saboya* convertida en *Historia del Piamonte*, seca y pelada. El ardid produce un gran efecto, y la obra así confirmada, se vende que es un contento, y el de M. Barba no tiene límites y se revela por el modo de frotarse las manos. Pero M. Claudio Genoux no lleva á bien esta supercheria, no olvidando que es hombre probo, honrado, celoso de su nombre literario y enemigo de dar gato por liebre, y asigna á M. Barba en demanda de daños y perjuicios.

Por desgracia es tardía la queja; porque el Genoux había cometido la falta de tolerar la especulación del Barba y hasta de comprar algunos ejemplares de la *Historia del Piamonte*. El abogado de Barba, haciendo constar este incidente, manifestó á Genoux que era una torpeza quejarse por la modificación del título de la obra, teniendo por objeto la venta próxima á cubrir el número que daba al autor derecho de prima. Merced á este raciocinio, Barba fué absuelto á condicion de que en los sucesivos restableciese el título de *Historia de la Saboya*.

La literatura y el teatro nos ofrecen esta semana nuevos ejemplos de cuestiones litijiosas.

Calzado, director del Teatro-Italiano, tiene dos: uno contra Saint-Salvi, otro contra la señora Cambardi-Badoche.

Saint-Salvi, representante de los propietarios de la sala Ventadour, reclamaba de Calzado la cantidad de 15,000 francos, só pretexto de que el año último las representaciones del Teatro-Italiano se habían prolongado mucho mas de la temporada normal. Calzado respondió que no tenía obligación de satisfacer suplemento ninguno, que había arrendado la sala por tres años á razon de 90,000 francos anuales, lo cual no es un grano de anís, y que ó miente el almanaque gregoriano, ó los años constan de doce y no de seis meses. Este argumento,—contundente en su lógica,—fué abonado por el tribunal.

La situación de Calzado con respecto á la señora Cambardi, una de sus artistas, era mas delicada.

La señora Cambardi tiene un marido: y es hoy madre. No lo era todavía el 22 de marzo último,—precisamente hace dos meses día por día,—

cuando, anunciada en los carteles para la Ópera el *Trovatore*, alegó que el estado de su salud no le permitía presentarse en la escena. No había á la sazón *Leonora* que la supliese y fué necesario sustituir el *Trovatore* con el *Otello*. Mas Calzado, escéptico como buen empresario, respecto de las indisposiciones artísticas, creyó que la de la señora Cambardi era mas que física, moral, y que bajo la capa de su estado interesante se cubría sencillamente una veleidad de carácter, un capricho hijo del mal humor. Confirmóse este diagnóstico por la visita que hizo el mismo día á la señora Cambardi un autorizado alumno de Esculapio. Igual sancion mereció á su vez por parte de la ley, avalorando en 1,000 fr. el capricho de la jóven cantante.

Si del Teatro-Italiano descendemos al de Beaumarchais, damos de bruces con su director, tambien en guerra abierta con dos autores, MM. Morin y Desolme.

Estos colaboraron de consuno un drama, nominado *el Pastor de Becagel*. Pero á pesar de las cualidades que adornan al héroe de zampoña, no logró la honra de presentarse al público. Temiendo que se marchitase á fuerza de permanecer á la sombra, los señores Morin y Desolme tomaron el partido de retirarle, reclamando al mismo tiempo al director una indemnización de doscientos francos. Concediósele el Tribunal, esto es, cien francos á cada uno de los padres del *Pastor de Becagel*. Francamente, hay que confesar que el componer dramas para el Teatro Beaumarchais no es el medio mas eficaz de poder adquirir una casa en los Campos Eliseos y una quinta á orillas del lago de Como.

PETIT-JEAN.

(Trad. A. L. de B.)

#### MODESTIA Y VIRTUD.

Emblemas.

Perfume de los prados  
Y del rubor emblema,  
Ocúltanse entre el musgo  
Las sencillas violetas,  
De las cuidadas flores  
Sin envidiar la esencia.

Cual ellas, en la vida  
Las candidas doncellas,  
Temor sienten al verse  
Pisar la vez primera  
Entre el festín radioso  
De la mundana escena.

Mas ¡ay! entre las flores  
De todas la mas bella,  
De la violeta al lado  
Posar no se desdeña;  
Habrás mas preciadas  
No mas ricas de esencia.

Así entre las hermosas  
No pierde por modesta  
Lo que el orgullo vence  
Con su virtud austera;  
Habrás mas mimadas  
No mas puras y tiernas.

La vida con las flores  
En relacion secreta,  
Para las almas tiene  
Similitud perfecta;  
Pasa el orgullo vano  
Y la virtud impera.

En la mañana hermosa  
La flor es hechicera;  
Viene la noche ¡ay! triste,  
Y al tallo se doblega.  
Así fugaz y leve,  
Tambien es la existencia.

Dichosos los que saben  
Lo que ese ejemplo enseña,  
Y de la vida incauta  
Fugaz y pasajera  
Recojen todo el fruto  
Que la virtud enjendra.

FRANCISCO H. DE ACHA.

Montevideo.

#### CAMINO DE HIERRO DE LYON Á LA CROIX-ROUSSE.

El camino de hierro de Lyon á la Croix-Rousse, hoy en curso de ejecucion, es una de esas empresas atrevidas que en un principio se califican de imposibles, por los grandes obstáculos que la naturaleza opone á su consecucion; pero la compañía encargada de los trabajos ha sabido vencerlos con admirable constancia, á pesar de las intrigas y mala voluntad de algunos desconfiados. La evidencia ha hecho bajar la frente á los mas incrédulos, y ya todo el mundo reconoce los grandes servicios que esta vía está llamada á prestar á la población lyonesa.

Los fabricantes cuyos talleres se hallan situados en las alturas de la *Grand Côte*, y hay que tener en cuenta que son la mayor parte, se veían en la necesidad de subir todos los días esta rápida y fatigosa pendiente cuando iban á visitar sus telares, y los obreros de las fábricas de sedas desperdiciaban un tiempo precioso, necesitando además una buena parte del sueldo para la reparación del calzado que destrozaban en los puntiagudos guijarros del camino. Todos, pues, encontrarán una inmensa ventaja en hacer este pequeño viaje en ferro-carril, por el módico precio de cinco ú diez céntimos, que á lo sumo costará el billete de pasaje.

Añádase á todo esto lo recreativo de la travesía.

Figúrense ustedes una gigantesca montaña rusa cuyo plano tiene una inclinación de 16 centímetros por metro.

Por un sistema sencillísimo, sabiamente combinado, el convoy que descienda de la estación de la Croix-Rousse sujeto á un cable de hilos de hierro, que desempeñará el oficio de cuerda de pozo, hará remontar por su propio peso el tren de la estación de Lyon.

Estos trabajos están confiados á la hábil dirección de M. Malinses, ingeniero en jefe, y al ingeniero M. Dubois.

La apertura de las fosas para los cimientos de la estación de Lyon, que se levantará donde antes estaba el antiguo Jardín botánico—cuyos últimos árboles pueden verse en nuestro diseño—ha descubierto las ruinas de un antiguo monumento galo-romano, que ya en 1820, época de la creación del referido jardín, había sido objeto de las investigaciones de los sabios lyoneses.

Opinan algunos, y entre ellos M. Comarmond, que este monumento debía ser un simple teatro: otros creen con M. Artaud, fundador de los museos arqueológicos de Lyon, y M. Martin Daussigny, actual conservador de esos museos, que era un inmenso anfiteatro que, por medio de canales, cuyos restos se conservan aun, tenía la propiedad de poder inundarse, en caso necesario, para variar los placeres de la muchedumbre, convirtiéndole en una naumaquia ó lago en que se verificaban si-





Camino de hierro de Lyon á la Croix-Rousse. — Aspecto de los trabajos en la travesía del Jardín Botánico. (Cróquis de M. Houssot)

mulacros navales: esta version parece la mas verosímil.

En la época antes citada, la arena descubierta media un espacio de 188 piés de latitud por 126 de longitud; y la dureza de las ruinas era tal, que fué preciso renunciar á su completa destruccion. Hé aquí lo que á este propósito dice M. Flacheron: « Es tan grande la dureza de estas murallas, que un propietario lyonés que este año pasado quiso construir unas bodegas subterráneas en aquel terreno, tuvo por último que abandonar su proyecto. Después de asíduos trabajos de mina empleados durante mes y medio, no consiguieron arrancar sino algunos metros cúbicos de aquella tierra petrificada, por lo cual el propietario prefirió abrir sus bodegas en otro sitio mas próximo á la montaña, antes que seguir en un trabajo tan largo como dispendioso. »

Esto dará una idea de las dificultades que se han tenido que vencer para la construccion del Ferro-Carril de la Croix-Rousse.

L. HOUSNOT.

(Trad. F. de la V.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

## IMPORTANTE

A fin de que los suscritores del *Mundo ilustrado* tengan completos los 52 números que deben formar el tomo correspondiente á 1860, la Empresa, que por circunstancias ajenas á su voluntad no pudo comenzar la publicacion del periódico en primero de enero, dará cinco números extraordinarios en los cinco meses que faltan hasta el treinta y uno de diciembre.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

Se remite franco de porte el catálogo de las publicaciones de dicho Establecimiento á las personas que desee obtenerlo.

## CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                      |                                |
|----------------------|--------------------------------|
| ACAPULCO...          | D. A. La Reina.                |
| AREQUIPA...          | D. Manuel G. de Castresana.    |
| ARICA...             | Sres. Calmann y Riobó.         |
| BOGOTÁ...            | D. Rafael Mogollon y Guzman.   |
| BUENOS-AIRES...      | D. Federico Real y Prado.      |
| CAMPECHE...          | D. F. Jimeno.                  |
| CARÁCAS...           | Sres. Rojas, hermanos.         |
| CARTAGENA...         | D. Joaquin F. Velez.           |
| COBILIA...           | Sres. L. Durandean y Compañia. |
| CURACAO...           | D. J. Blasini.                 |
| GUATEMALA...         | D. Pablo Blanco.               |
| GUAYAQUIL...         | D. Luis Abadie.                |
| HABANA...            | D. Ant. La Mota.               |
| HUASCO...            | Sres. Charlain y Fernandez.    |
| LA PAZ...            | D. Pedro Vega.                 |
| LA UNION...          | Sres. Gérard y Comp.           |
| LIMA...              | D. J. Mendel.                  |
| MÉJICO...            | P. Bailly.                     |
| MENDOZA...           | Sres. Maillefert y Comp.       |
| MONTEVIDEO...        | D. F. Civit.                   |
| PUERTO RICO...       | D. Ventura Garaicoechea.       |
| ROSARIO...           | D. Federico Real y Prado.      |
| SAN FRANCISCO...     | D. Ignacio Guasp.              |
| SAN MIGUEL...        | Federico Reissig.              |
| STA. MARTA...        | M. Biesta.                     |
| SANTIAGO DE CHILE... | D. Ant. Blanco.                |
| SANTO DOMINGO...     | D. José A. Barros y Comp.      |
| SERENA...            | D. Pedro Yuste y Comp.         |
| PAITA...             | Libreria agencia del Mercurio. |
| TACNA...             | D. Ramon Morel.                |
| TAMPICO...           | D. A. Bonilla.                 |
| TRINIDAD...          | D. Tristan Daniel Lopez.       |
| VALDIVIA...          | D. C. López.                   |
| VALPARAISO...        | D. Clemente Bartibas.          |
| VERACRUZ...          | D. A. Gutierrez y Victori.     |
|                      | D. W. Carr.                    |
|                      | D. Tomás de Alvaracin.         |
|                      | D. Santos Tórner y Comp.       |
|                      | D. Nicasio Ezquerria.          |
|                      | D. Juan Carredano.             |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle .A. Bourdilliat, 15, rue Breja

Ayuntamiento de Madrid